

Marzo 6/71

EL AMIGO

DE LAS NIÑAS,

ESCRITO

POR

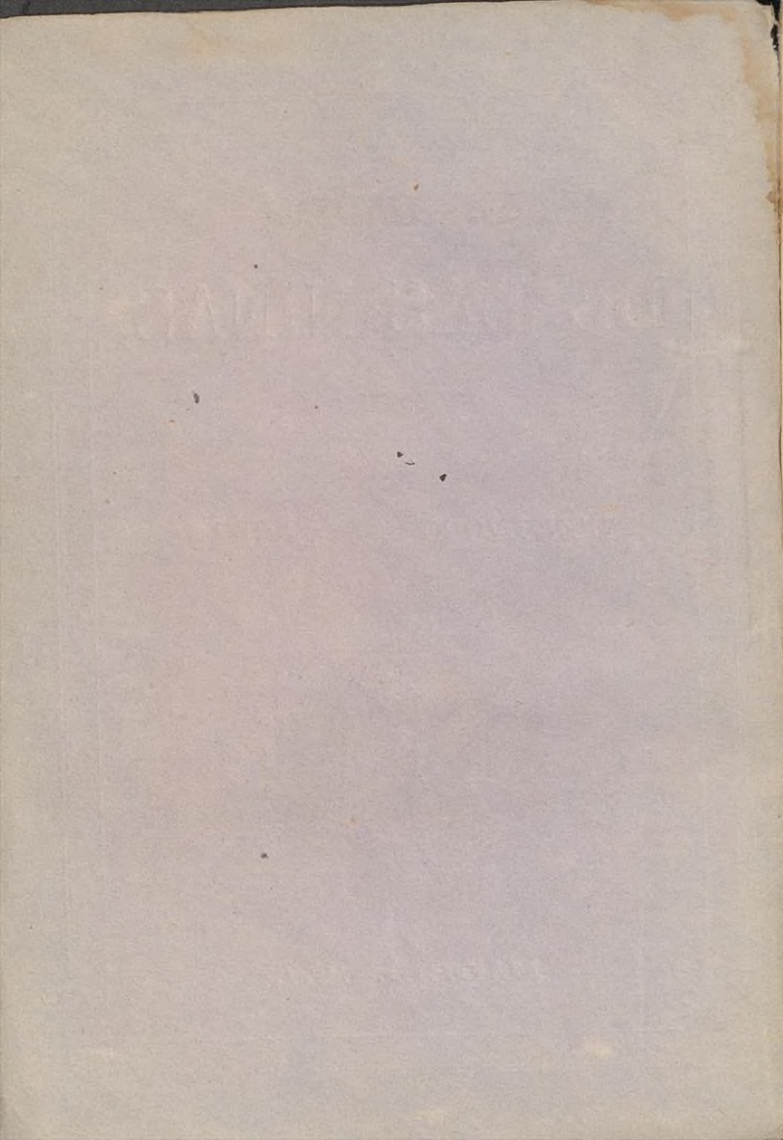
DON LEOPOLDO DELGRÁS.

13.724
1871
Ley



MADRID.—1871.





26-8 bis
EL AMIGO 247-1415

DE LAS NIÑAS,

ESCRITO

4262
POR

DON LEOPOLDO DELGRÁS.



MADRID.—1871.

IMPRESA,
Isabel la Católica, número 10.

DESPACHO,
Arenal, número 11.

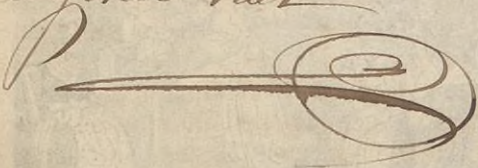
EL AMIGO
DE LAS NIÑAS.

ESCRITO

POR

DON LEOPOLDO DELGAS.

Eugenio Paez



MADRID - 1874

DISPACHO

IMPRESA

DE LA LIBRERIA DE LA PLAZA DE SAN JUAN, 11.

EN LA ESTRELLA DE LA PLAZA DE SAN JUAN, 11.

INTRODUCCION.

Pocos lectores repasan el texto que se halla encabezado con la frase *Introduccion*, siendo así que esta es necesaria en todo libro para conocer la indole especial de la obra, para demostrar el objeto que se propuso el Autor al formarla, y para poder apreciar despues si el pensamiento está bien desarrollado ó no.

El Amigo de las Niñas, es un tratado de educacion, lleno de prescripciones ó reglas de buena enseñanza. La sencillez de su lenguaje y lo recreativo de sus fábulas, le hacen digno de que las Señoritas lo estudien con satisfaccion.

Los escelentes frutos que ha producido y produce aún entre la niñez la acreditada obra del Abate Sabatier, que lleva por título *El Amigo de los Niños*; el lisongero resultado de su publicacion y otras causas que en la mencionada obra concurren, á cual mas recomendables todas, me animan á formar una, á imita-

cion de aquella, y escrita expresamente para las niñas.

Si deberes sagrados y respetables tienen los niños que aprender, no son menos sagrados y respetables los de las niñas; y si á estos unimos las imprescindibles leyes de recato, honor y modestia que son mas inflexibles para las hembras, conoceremos la falta que se nota en la educacion de señoritas, de un libro tan útil y provechoso como *El Amigo de los Niños* del Abate Sabatier.

No duden los padres en poner mi libro en manos de sus queridas hijas, seguros de que no serán defraudadas sus esperanzas de buena educacion, teniendo presentes los escelentes resultados que ofrece el libro cuya norma voy á seguir.

Así como en aquel tratado los consejos y prescripciones son dados al jóven Teótimo, así en este dirigiré mis pláticas á la niña Blanca.

Si mi produccion es mala en la forma, nadie podrá negar que en el pensamiento y fin moral que encierra, es de reconocida utilidad para la instruccion pública.

Si llegara á producir benéficos resultados entre las niñas, verá cumplido su deseo

EL AUTOR.



I.

Blanca, sepárate del corro de tus amiguitas; cesa de cantar y correr, que estás muy sofocada, y eso puede ser perjudicial á tu salud.

En tanto que te serenas, ven á mi lado, siéntate sobre mi rodilla y oye lo que te voy á decir.

Como quiero lograr que me escuches con mas contento que el que disfrutas en tus infantiles juegos, voy á referirte fabulitas sencii-

llas en lenguaje claro y adecuado á tu temprana imaginacion.

No hay cosa mas perjudicial que dirigirse á los niños usando un elevado estilo. Tampoco juzgo conveniente el relato de pasajes históricos demasiado nutridos de ejemplos de acciones sublimes; porque esto, á vuestra corta edad, os fatiga tanto como cuando abusais del juego. Unos y otros os molestan, bien lo sé; y por eso quiero instruirte, Blanca mia, recreando tu atencion.

Aquí, á la fresca sombra de este árbol, se respira más puro el aire.

Puesto que todos los dias venimos á pasear con objeto de que hagas el necesario ejercicio para tu desarrollo, prometo referirte todos los dias una fábula, en tanto que reposas de tus juegos; y cuando nos dirijamos á nuestra habitacion, por el camino te explicaré el ejemplo de virtud y moral que aquella encierre.

No desconozco que me oirás con mucha atencion, pues como eres una niña prudente y candorosa, amas á tus padres tanto como ellos te aman á tí.

Este lazo divino que hoy constituye nuestra

reciproca felicidad, debe ser la base de tu venturoso porvenir.

Por consiguiente, á fin de que adquirieras la práctica precisa en nuestra futura costumbre, voy á referirte mi primera fábula.

FABULA 1.ª

El verdadero bien.

En una comarca
por Dios elegida,
cercada de flores
hay una aldeilla,
compuesta de chozas
con sola una ermita.

—Los dias de fiesta
y algun otro dia,
el noble prelado
con fé santa y pía,
á Dios venerando,
celebra una misa.

Las gentes de aquella
comarca bendita,
gozosas y alegres
con alma tranquila,
escuchan las preces
que á Dios se dedican,
y dándole gloria,
su gloria suplican.

La misa concluye;
se cierra la ermita,
y si es Domingo
terminan el día
bailando y riendo
las niñas bonitas.
¡Feliz la comarca
en donde domina
la gracia suprema
de escelsa justicia;
la cual dá sus dones
con suma pericia,
haciendo que *el bueno*
feliz siempre viva.

¿Te ha agradado? Bien. Pues antes que te explique el pensamiento moral que encierra, da un beso á esas niñas; despídete de ellas, porque vá siendo tarde ya, y es preciso que meditemos los dos como buenos amigos lo que significa esta fábula.

Aquí espero.

Vamos; ahora nos dirigimos á nuestra habitación; dame la mano y escucha.

Esta fábula significa, que siempre debemos ampararnos en la Divina Providencia.

Sin la religion, Blanca mia, no hay nada posible.

Nosotros practicamos las sabias leyes que nos dió Jesucristo al ser católicos; obtenemos la suficiente luz en la razon para conocer que sus doctrinas son las que han de salvar nuestra alma de los tormentos del demonio.

Observa si no, hija mia, el pueblecito que he citado en la fábula, y verás como por ser buenos y edificantes católicos todos se juzgan felices y lo son ¿sabes por qué? porque al haber amado y obedecido á Dios en la tierra, al haberle respetado y querido sobre todas las cosas de este mundo, ese mismo Dios, sábio, misericordioso, divino, principio y fin de todo, les ha de conceder la suprema felicidad ó sea un puesto en su celeste gloria.

Sigue analizando la aldeita, y repara que los habitantes tienen sus virtudes tan fuertemente arraigadas en el corazon, las conservan tan invulnerables, que resisten y vencen á las malas inclinaciones humanas. Miralos dichosos porque desconocen la envidia, los odios, la perversidad y todos esos sentimientos que inducen á que el justo se convierta en pecador y á que la divina Justicia excomulgando su alma la con-

dene, por toda una eternidad, á sufrimientos horribles.

Apártate siempre del camino del mal, hija querida, y procura conseguir que tu virtud y tu inocencia se citen como los modelos de perfeccion entre las demas niñas; y estáte segura de que si logras este sublime honor, la Virgen intercederá por tí para que Dios te conceda la gloria divina.

Jamas olvides esta primera leccion.

En la Providencia y en sus prescripciones tienen alivio y consuelo todos nuestros males; todos nuestros infortunios.

Como nuestro primer deber está limitado á ser buenos cristianos y amantes de Dios y sus leyes, por eso te he referido en primer lugar esta fábula, cuyo ejemplo te enseña á conocer cuánto bien disfruta quien cumple todo lo que le manda su religion.

Para que nunca se borre de tu memoria lo dicho, recita los últimos versos de mi fábula.

La gracia suprema
en todo domina,
haciendo que el bueno
feliz siempre viva.

II.

¡Pronto dejas el juego , Blanquita!...

¿Quieres que te diga otra fábula?

Bien, eso me gusta, pues me cerciora de que con tu claro talento conoces que á tu edad no se puede perder el tiempo inútilmente.

Pero aun es temprano.

¿No quieres?

Entonces accederé á tu deseo por más que me dé pena verte retraida del juego.

¿Será porque ayer te dije que tal vez podría serte perjudicial?

¡No, no es posible!

Solo hace daño, cuando se abusa de él; pero si se ejecuta moderadamente es provechoso.

Hija mia ¿no vás?

Bueno, bueno; no te contrario; dame un beso, siéntate junto á mí y oye.

Despues de los deberes que tienes que cumplir como buena cristiana para con Dios, se siguen el respeto y la obediencia que debes consagrar á tus padres.

Estos, despues de la Divina Providencia, son

tus guías en el mundo; y por lo tanto, Dios que dice en su primer mandamiento que le ames y adores sobre todas las cosas, te ordena en la cuarta ley del decálogo que honres á tu padre y á tu madre.

Celosos por tu dicha, velan siempre por tu bienestar, por tu saber, por tu mayor ventura posible; y todos estos sacrificios, el Divino Señor te manda que se los premies honrándoles y ofreciéndoles tu respeto y sumision.

Iguales tributos debes dedicar á los que tienen mas edad que tú y á los que se hacen acreedores á la consideracion pública por sus virtudes, su talento ú otras circunstancias semejantes.

Esto te refiero cual si fuera el *prefacio* de la siguiente segunda fábula.

FABULA 2.^a

El aturdimiento.

Una niña cierto dia
en un jardin perfumado
jugaba con alegría,
con placer tan exaltado,
que sus manos primorosas
halagaban al clavel,

y besando lirio y rosas
recorrió todo el verjel.
El limpio arroyo brotaba
al pie de la niña bella,
y con orgullo ostentaba
el firmamento su estrella.
De admirar plantas y flores
no se cansó aquella niña,
y aspirando mil olores,
cruzó la fértil campiña.
Sola, sin guía, estasiada,
su planta corrió veloz;
cuando la suerte encontrada,
en infortunios precoz,
llevó á la niña inocente,
en unos breves segundos,
junto á la aguda rompiente
de unos abismos profundos.
Llégala el piso á faltar,
y al verse al fondo caer,
su voz se niega á gritar:
no la pueden socorrer;
y entre los riscos perdida,
muere en lóbrega clausura
aquella que fué en la vida
de sus padres la ventura.
¡Teman las niñas vivir
sin un guía paternal;
pues las puede hacer morir
el justo Dios celestial.

Y he aquí el todo de mi fábula, Blanquita.

Pues no quieres separarte de mi lado, voy á referirte los diversos pensamientos que contiene.

La vida para el bueno, es un jardin parecido al que te he pintado.

Pródiga la Divina Gracia, colma de venturas y felicidad á aquel que guarda en su espíritu las leyes de nuestro Dios para ejecutarlas siempre sobre la tierra.

Si vives en el santo temor y respetuosa idolatría del que rige el orbe, tu vida pasará indudablemente por un hermoso jardin de felicidades, sin que el menor contratiempo turbe la dichosa calma que disfrutas solo por ser verdadera cristiana.

Y por el contrario, hija mia; si, lo que Dios no quiera, irreflexiva cruzas el verjel de tu edad sin oír á la razon y á la prudencia, teme; porque tu fin será como el de la niña de la fábula, caer en el abismo profundo de la desgracia, muriendo presa de terribles dolores.

En esta circunstancia, Dios, sábio siempre y siempre misericordioso, impone á los padres el deber de constituirse en guías inteligentes y en instructores entendidos.

Tus padres, Blanca, tienen la obligación de dirigir tus primeros pasos por esa senda denominada *vida*.

Para lograr un satisfactorio resultado, es preciso que se reúnan dos condiciones, hija mía.

Es la primera, y en la que fija más firmemente su planta el edificio de tu ventura, la docilidad, la sumisión, el cariño y el respeto que debes consagrar y se merecen los que te dieron el ser.

La segunda cualidad es, que tus padres sepan conducirte bien y que con su ejemplo aprendas las virtudes, el amor á la Divina Justicia, la consideración á los demás, y cuantos deberes se nos imponen, si hemos de vivir queridos y respetados de todos.

Ahora bien: unámonos para este objeto.

Las puertas de tu dicha se abren poco á poco para darle paso.

Yo te conduciré del mejor modo que me sea posible, con la mayor cautela; no ignoras que con el mayor cariño. Finalmente, mi buena voluntad que se confía en Dios, te asegura que por mi parte el éxito será satisfactorio.

Tú, Blanca, disponte para tal viaje. Tu docilidad, tu sumision y pureza son las mejores salvaguardias para llegar al feliz término.

Y cuando, con mayor edad, sepas distinguir el bien del mal; cuando no necesites mi auxilio; y en fin, cuando yo haya muerto dichoso al contemplarte buena, entonces conocerás lo que valen mis máximas de ahora; la poderosa razon con que te dije

¡Temán las niñas vivir
sin un guía paternal,
pues las puede hacer morir
el justo Dios celestial!

y la razon con que dice el cuarto mandamiento «*Honrar padre y madre.*»

III.

Hoy por mis negocios, no ha sido posible que salieras á jugar como todas las tardes. Lo siento, y es justo resarcirte de esta pérdida, para lo cual he mandado te traigan un juguete.

Así pues, mientras que le recibes, oye mi tercera plática.

En nuestras dos anteriores te he hablado mucho de *docilidad, respeto y sumision*: sin embargo, aunque ya comprendes muy bien lo que estas frases quieren decir, voy á referirte algunas anécdotas á propósito del significado moral de estas espresiones; porque, segun juzgo, es preciso saber tambien lo que producen al que las observa ó no.

Escucha.

FABULA 3.ª

El mal hijo.

Un muchacho revoltoso,
como lo es todó muchacho,
(porque vosotras las niñas
no revolveis nunca tanto)
por jugar y coger grillos
dejaba libros á un lado.
Inútilmente sus padres,
que eran honrados y ancianos,
le aconsejaban respeto
y que estudiase el muchacho.
Este mal hijo, jamás
de sus padres hizo caso;
y como les daba sustos
y no pocos sobresaltos
con su mucha rebeldía

Pae

y sus ningunos cuidados,
al fin conseguí, mi Blanca,
enterrar á los ancianos.
Libre y huérfano, corrió
por el mundo, abandonado,
y de vicio en vicio fué
á su perdicion rodando,
quien por ser desobediente
causó desdichas y llantos.
Como el que es un vagabundo
que acabe bien es milagro,
cierto dia que *robó*
(lo que era no es del caso)
fué perseguido, y por fin
logró la justicia hallarlo;
y colgándole cadenas
ó grillos, me le encerraron,
por sus hechos, en oscuro
calabozo: triste pago!...
mas merecido de aquel
que mata á padres ancianos.
¡Cuán sábia es la ley de Dios,
pues dicta enérgicos fallos!...
¡Murió *entre grillos*, aquel
que andaba *grillos* buscando!...
Compadece al delincuente:
ódia, Blanquita, el pecado!...

Pocas palabras necesitaré emplear para convencerte del respeto que se merecen tus padres.

Responsables de tu educacion, son los que deben inculcarte las máximas religiosas; los que deben conducirte por el camino de la virtud.

¿No es esto?

Pues bien, de poco serviria que nos sacrificáramos por educar tu espíritu digámoslo así, por instruirte, si tu docilidad y sumision no nos facilitara este trabajo.

Como he dicho al principio de esta fábula, las niñas propenden mas á la obediencia que los niños.

La razon es sencillísima.

Vosotras sois el sexo débil por naturaleza.

Cuando estais en la infancia, os amparais siempre en los cuidados y desvelos de una madre querida. Ella, que no ignora sus deberes, os atiende con más solicitud, si es posible más, que á los niños, porque vuestra misma debilidad la pide no deje de velaros.

El niño, por lo comun, de naturaleza vigorosa y ánimo fuerte, puede luchar mejor con las enfermedades y salir victorioso á menos esfuerzo.

Las niñas, cuando jóvenes, necesitan la inteligencia de sus padres y ver en ellos la norma de las virtudes; porque, como van penetrando en la vida, se hallan espuestas á los riesgos que las proporciona el vicio, la depravacion y otros tantos infortunios que arrojó el demonio en el camino de la jóven.

Como sér débil, se ampara luego en un esposo, en un marido que conociendo todas las obligaciones que le impone tal estado, vela y defiende en todos los trances á la compañera que le escogió Dios.

Y así, amparada desde su primer dia por los padres, hasta su última hora por un marido, vive la niña, la jóven, la esposa y la madre.

Teniendo vuestro sér que vivir siempre apoyado, ya conocerás, Blanquita, la razon que me asiste para encargarte la mayor obediencia á Dios y á tus padres.

Dios vela por tí desde los cielos: tus padres velan por tí sobre la tierra. A uno y otros les debes significar tu agradecimiento por estos favores.

A Dios, por medio de tus plegarias: á tus padres, por medio de tu cariño y respetuosa obediencia.

A pesar de que no necesitas más ejemplos para convencerte de que es preciso sean dóciles todas las niñas, oye no obstante esta segunda fábula sobre el mismo asunto.

FABULA 4.ª

La buena madre.

Una gata de Angola
llegó á ser madre,

y de sus dos gatitos
se murió el padre;
 más con desvelos,
cuidar la gata pudo
á sus hijuelos.

—
El ama de los gatos
(que era una niña
llamada Blanca, creo,
buena y muy linda)
 vió á aquella madre
por sus dos tiernos gatos
sacrificarse.

—
Los gatos ya mayores
andar lograron,
y el maternal cariño
pronto olvidaron;
 hasta que un día
castigar quiso el cielo
la gatería.

—
Como estaban tranquilos
sin ley ni freno,
golosos se zamparon
todo un veneno;
 y al punto mueren.....
los hijos que rebeldes
á nadie quieren.

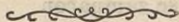
Ya sé lo que me vas á decir: que la gata es la tuya: que los gatitos eran aquellos dos que imprudentes gustaron de la comida que se puso en la cueva para matar los ratones.

Cierto, hija mia; en aquella ocasion conociste que es sumamente perjudicial desoir los consejos de los padres.

Si hubieran sido los gatos buenos, y junto á su madre se hubiesen estado, no se buscaran la terrible muerte que tuvieron por ser desobedientes.

Este segundo ejemplo, lo has presenciado: tú lo has visto.

En esta y en la anterior fábula ves tambien las consecuencias del mal hijo; por consiguiente, no desconocerás que si te digo: «Blanca, adora á Dios con pura y santa fé, y estima y respeta á tus padres con ciega sumision» es porque ambas cualidades te llevan sin duda ninguna por el camino mejor á tu verdadera felicidad.





IV.

Hija mia: Ayer te encarecí el respeto y sumision que debes consagrar á tus padres.

Hoy me corresponde decirte lo precisas que son las mayores atenciones para con los ancianos.

Por su experiencia, por sus blancos cabellos y por las huellas de los años que aparecen en su venerable rostro, las niñas deben respetarles y obedecer ciegamente cuanto ordenen.

Sí, Blanca mia; el anciano es digno de las más sin-

gulares deferencias, de los más esquisitos cuidados, ¿sabes por qué?... Escucha.

Si ves á un anciano que con planta vacilante camina reflexivo; si observas aquellas canas, fruto legítimo de los sufrimientos que soportara durante su vida; si su cuerpo agoviado por el peso de la edad tiene que apoyarse en un baston; y en fin, si ves en su faz hondas arrugas..... Blanca, aquel viejo merece, sin duda alguna, que le auxilies y que, guiándole del mejor modo posible, le procures las mayores comodidades: merece que tu jóven y elegante cabeza se incline respetuosamente ante aquel templo de inteligencia: sí, de inteligencia, Blanquita, no lo dudes; porque, con el transcurso de los años, lo que ha perdido su cuerpo de agilidad y vigor, lo ha ganado su capacidad en sabiduría: digno resultado de la experiencia que ha adquirido.

Ahora bien, como me impuse el deber de decirte todas las tardes una fábula adecuada al asunto que tratáramos, siéntate sobre mis rodillas y oye:

FABULA 5.ª

El mendigo.

En una aldea cuyo nombre ignoro,
existe un pobre que es anciano y ciego.

Limosna pide en su continuo lloro;

á Dios suplica su eternal sosiego.
Desprecia sábio vanidades y oro,
y penas causa su incesante ruego;
y al verle anciano y caridad pidiendo,
le dan los medios con que vá viviendo.

Las niñas, siempre que cercano miran
al pobre ciego, sus quehaceres dejan
y guíanle con fé: tambien suspiran
al ver las penas que en su faz reflejan.
Por darle proteccion, todos deliran,
y aliviarle los males que le aquejan;
más él tan solo limosnita pide
y entre oraciones sus pesares mide.

Las manos besa que su pan le ofrecen
y en calma aguarda su postrero dia;
y brotan á sus pies flores que crecen
al ver su alma tan hermosa y pía.
Puesto en el trance en que ya fenecen
sus fuerzas, dice al espirar «¡María,
bendice, oh Vírgen, con piedad preclara
al buen cristiano que al anciano ampara!....»

Efectivamente, hija mia, no hay accion mas meritoria á los ojos de la Divina Providencia que ofrecer nuestro apoyo á la ancianidad. No hay en el mundo nada más grato ni más plausible que convertirnos en

amparo de la vejez; vejez respetable y digna de la mayor consideracion por todos conceptos.

El pobre cieguecito de la fábula te demuestra lo que debes hacer con los ancianos, más aun si tienes presente una regla cristiana que dice: «respeta y atiende á los mayores en edad, saber y gobierno.»

Ahora recuerdo un hecho que presencié en mi infancia, y que, por el gran mérito que tiene, no lo he podido olvidar.

Porque lo juzgo á propósito voy á contártelo: escucha.

Estudiaba yo en la Escuela Pía. Entre todos los reverendos padres uno se captaba particularmente nuestro cariño. Era el padre Anselmo.

Su agradable figura y su noble rostro, sin excitar temor nos inspiraba respeto. En su mirada inteligente y en sus maneras se veía una discreta jovialidad.

Cierta vez me hallaba con mis compañeros en clase.

El padre Anselmo, como de costumbre y como es debido, sentado en su sillón y en torno suyo nosotros de pié. El tenia puesto su bonete y nosotros descubierta la cabeza.

Dirigiéndonos varias preguntas estaba con su habitual complacencia, cuando entró en la clase un viejo muy viejecito, apoyado en un rústico bastón.

Su traje revelaba ser campesino, y cubria los blancos cabellos con un gorrito de terciopelo negro. Entró,

y con sumo silencio, por no interrumpir, fué á sentarse en un banco de la clase.

Al verle el padre Anselmo, se levanta de su poltrona, y, sin interrumpir un momento la leccion, respetuosamente se quita el bonete que tenia en la cabeza.

El hombre aquel era su padre. ¡Era un anciano, hija mia!..

Este mudo lenguaje, fué tan espresivo para todos, que apenas terminamos nuestra leccion no pudimos ménos de prorumpir en espontáneos *vivas* al padre Anselmo.

El nos agradeció estas muestras de cariño, y en seguida fué á besar la mano de su padre. Este le devolvió aquel beso, dándole otro en la frente, vertiendo llanto de felicidad. Aquel ósculo, Blanca, era una benediction que le daba por ser buen hijo y porque respetaba y queria á los ancianos.

Bien conozco que no necesitas más ejemplos ni más fábulas para convencerte de estos deberes que tienes que cumplir.

La hija que ama á Dios, que quiere á sus padres y respeta á los mayores, es una buena hija, y obtendrá lo que merecen sus bellas cualidades; esto es, la más completa felicidad en la tierra y la deseada gloria en la otra vida.

Basta por hoy, hija mia; dame un beso y vete á jugar un poco con tus amigas, que ya esperan. A Dios.

V.

Además de las obligaciones que tenemos para con Dios, nuestros padres y mayores, existen las no ménos sagradas que es preciso cumplir con los profesores ó maestros encargados de nuestra educacion.

Elejidos prudentemente por los que nos dan el ser, son tambien responsables de las faltas que cometamos en nuestra juventud.

Como delegados de nuestros padres, á nuestros padres representan, y merecen las mismas atenciones y respetos que tributamos á los que nos dieron vida. Si á esta circunstancia se une el inapreciable beneficio que reportan los maestros ó maestras al convertirnos, de idiotas que éramos antes de ponernos bajo su amparo, en capaces de conocer y apreciar bien todo cuanto debemos saber; comprenderás entonces, mi Blanca, lo justo que es les miremos como *segundos padres*.

Los maestros ó maestras educan nuestra razon, la dan, digámoslo así, la forma conveniente para guardar todos los conocimientos que nos tienen que trasmitir poco á poco y con mucho tino; porque, hija mia, para *enseñar* no basta *saber*, es indispensable *saber enseñar*.

Filósofos y observadores de nuestras inclinaciones,

dirigen nuestra enseñanza por el mejor camino, esparcen en nuestra razon las convenientes luces, y por tan inmensos favores debemos mirarlos con la mayor consideracion.

Oye acerca de esto una fábula, que no lo es, y si un hecho histórico que nos han conservado las crónicas para modelo de orgullo infantil ante profesores ó maestros.

FABULA 6.^a

Sábio castigo.

El gran Julio César
de eterno renombre,
guerrero esforzado
y asombro del orbe,
un hijo tenia,
que, al verse tan noble,
altivo insultaba
con torpes baldones
lo mismo que al sábio,
al rico y al pobre.
Su padre dispuso
le dieran lecciones,
y para el efecto
nombró profesores.
—Un dia, acechando,
(á su hijo conoce)
le pilla sentado,
luciendo tal porte
delante de aquellos

llamados *Mentores*,
que en pié y muy sumisos
le daban lecciones.

—Airado el gran César

le dice: «¿Conoces

»del sol el transcurso,

»del habla las voces?

»¿Qué son sacrificios?

»¿Qué son dictadores?..

»

»Si *nada* comprendes...

»¿á qué esos blasones?

»¿por qué es tal orgullo?—

»¡Levántate y ponte

»sumiso delante

»de tus profesores,

»que en ese tu trono

»*les ruego* se posen;

»y tú de rodillas

»implora perdones

»sumiso y afable;

»que es bien que no ignores,

»que acato les debes

»por ser profesores.»

Y tuvo razon sobrada para proceder así.

Si todas las niñas comprendieran bien sus deberes, guardarian á sus maestras las atenciones mas deferentes; no darian el menor disgusto en clase; pondrian el mayor cuidado en todo para hacer sus labores lo mas perfectas, y merecerian de continuo alabanzas y premios que poder enseñar con orgullo á sus queridos padres.

En vosotras las niñas no es frecuente la falta de

respeto y sumision á las profesoras; por esto no insisto más sobre este punto.

Lo dicho basta, y concluyo encargándote no olvides cuanto me has oido, y ejecutes mis prescripciones por ser ellas solas las áncoras seguras de tu verdadera salvacion.

VI.

A los deberes para con Dios, tus padres, mayores y maestros, siguen los deberes que tienes que cumplir para con todos tus semejantes.

Inflexible es, porque debe serlo, la consideracion social y el comedimiento recíproco que se debe tener para vivir tranquilamente.

Este deber es tan inalterable como el amor que consagras á la Divina Providencia y á los autores de tus dias: es tan respetuoso y digno de cumplirse como la veneracion que se merecen los ancianos; como el acatamiento á tus profesores.

Las niñas prudentes y bien educadas deben guardar, en donde quiera se hallen, la precisa urbanidad y compostura que reclaman las gentes; no desconociendo que todos cuantos las rodean pueden instruir las en cosas que por su corta edad ignoran; deben, en fin, ser comedidas y corteses con natural finura y circunspeccion.

No hay cosa mas desfavorable que merecer una niña los dicterios de entremetida, bachillera ó tonta.

Tú no lo eres; y puesto que, á Dios gracias, tu alma se halla exenta de estos vicios, debo pintarte los resultados que obtiene la que, sin guardar las reglas de buena cortesía, neciamente engañada, cree que ella, en su infancia, puede igualarse en algo con los demás; y, lo que es peor aun, mezclándose en todos los asuntos y en todas las conversaciones, faltar imprudente á la debida consideracion que se debe tener con nuestros semejantes en general.

El ejemplo que sigue te convencerá de la razon que tengo para encargarte circunspeccion, compostura y respeto para todo el mundo.

FABULA 7.^a

El insulto.

La niña Mariana
es una holgazana,
que aunque todo ignora,
de todo ha de hablar;
y es tan bachillera
y tan vocinglera,
que á nadie le es fácil
poderla aguantar.
Cierta mañanita
se vistió, y bonita
con cara risueña,
se fué á pasear,

por ser su albedrío
de tan fuerte brio,
que nunca consiguen
de su voluntad
hacer que, prudente
siendo, indulgente
y afable con todos,
brille su bondad.

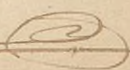
Cruzar un sendero
la vió un majadero,
y sin miramiento
y sin más ni más,
la llamó, chiquilla,
marisabidilla,
imprudente, necia,
tonta y animal.

Al verse insultada,
y aun apostrofada
con frases groseras,
y de un modo tal,
la dió tal rabieta,
que, de angustia inquieta,
con un tabardillo
se marchó á acostar.

Meditó en el lecho
semejante hecho,
y tras reflexiones,
se llegó á enterar
que las bachilleras
y las vocingleras
deben ser prudentes,
y á todo... ¡callar!..

Ya ves, hija, á qué extremo llega la que desoye ó
desestima las máximas de una buena educación.

Hasta un majadero la insulta; la ocasiona un sofo-

Pues ³ 

con, y en el lecho y enferma es donde se convence de sus errores.

La es preciso verse muy humillada para sufrir esta transformacion; y demasiado conocerás que, si una niña necesita de este ó semejante correctivo para cerciorarse de que no hace bien, será ésta *una mala niña*, indigna de que la proteja Dios, y del cariño de sus padres.

Todo el placer que causa en nuestro ánimo, y toda la satisfaccion que experimentamos al oír frases lisonjeras justamente merecidas por buenas cualidades, se torna en base de nuestra mejor educacion, y conseguimos merecer de todos las mas altas distinciones por nuestro comedimiento y urbanidad.

Sí, Blanca; la niña que cultiva y ejecuta todo cuanto te llevo dicho, no dudes que es amada de Dios; es muy querida de sus padres, y obtiene la general estimacion que se merecen sus virtudes. Por lo tanto, ya conoces que esta niña es una niña *feliz*.

VII.

No solamente tienes que cumplir las obligaciones dichas.

Es necesario que en tu alma guardes varias afeciones, varias virtudes, mejor dicho, que tienden á

realzar más y más tus elevadas dotes personales.

Al hablarte hoy de nuevas obligaciones, deseo que el primer sentimiento que te distinga sea el de la caridad; esto es, el piadoso auxilio que debes ofrecer, en todo tiempo y en todas las ocasiones, á aquellos que por cualquiera circunstancia lo necesiten ó imploren de tus bellos instintos.

La piedad es la fuente de las venturas.

De la piedad dimanar la satisfaccion del espíritu, y de ella parte la escala que nos conduce á la gloria.

Al tomar Jesus la forma de hombre, nos dió en la tierra el edificante ejemplo de que fuésemos caritativos y misericordiosos; pues durante los treinta y tres años que estuvo sobre la tierra, vivió consolando al afligido y socorriendo al pobre.

Al que nos auxilia en nuestras necesidades le admiramos y queremos mucho.

La caridad es la virtud mas sublime que reverencia el mundo entero.

Cuando una niña, al ver á un pobre, pide á sus papás algunas monedas para dárselas á aquel infeliz; si luego presurosa le entrega aquel recurso, Blanca mia, ¡qué concepto tan brillante formarás de aquella niña, solo al verla caritativa y misericordiosa!

¿Cuánto no será el orgullo de sus padres al contemplarla tan buena?

Aquella niña es imposible que tenga defectos, que

cause disgustos; porque semejante virtud es la piedra fundamental de todas las perfecciones y de todas las bellas cualidades.

San Martin enseña con su ejemplo á que ofrezcamos siempre el auxilio que puedan otorgar nuestras fuerzas; pues yendo cierta vez á caballo y cubierto con una capa, halló en su camino á un pobre medio desnudo, y, contemplándole el santo, sacó su espada y dividió la capa, ofreciendo una mitad al pobre, contentándose él con la otra mitad.

Esta sublime accion, unida á las buenas cualidades que poseia San Martin, le hicieron acreedor á la divina gracia, y á que se le conceptuase y venerase despues como santo.

Ya ves, hija, si Dios premia al caritativo.

Procura imitarle, Blanca, y ¡ojalá llegues á merecer por tus acciones en la vida, la bienaventuranza en la mansion celestel!

Aspirar á santa, es una ambicion que solo Dios la puede satisfacer.

Lo dicho te convencerá de la razon que tengo para encargarte que te ejercites en obras piadosas; por consiguiente, termino este discurso pasando á decirte la siguiente



FABULA 8.ª

La doble caridad.

En una calle escusada
hay una casa de un piso,
en la que habita un anciano
en un cuarto reducido.
Limosna pide de día;
de noche reza contrito,
y el Señor, al verle pobre,
deja en la calma su espíritu.
Entre cuantos le socorren

se distingue cierto niño,
que, con mano cariñosa,
dá limosna al viejecito,
y eso que éste en el invierno
ve que el niño tiene frío,
por hallarse derrotado
el traje de aquel chiquillo.
Como inspira compasion
ver á los dos tan unidos
en poder de la piedad
recibir y dar auxilios,
no faltó quien observase
á los dos, y con sigilo
una persona al anciano
le dió con oro un bolsillo.
—El pobre lleno de gozo,
cuando se le acerca el niño
para darle su limosna,
le dice: «¡Dios sea bendito!
»Guarda por hoy tus recursos
»y toma, para un vestido:
»que es muy justa recompensa
»el concederte este alivio,
»ya que un día, y otro y otro
»socorríste al viejecito!..»
El hombre que el oro dió
los contempla, y regocijo
siente al ver aquella escena
interesante: benigno
coge al piadoso muchacho
y lo lleva con cariño
á su palacio, en el cual
le dió luego traje y libros,
así premiando magnánimo
al viejo y también al chico
que, sin ropa y tiritando,

daba limosna solícito,
y hoy, «es el niño dichoso,
¡porque amparó al pobrecito!..»

Lo dicho es suficiente para que no ignores la recompensa que obtiene el misericordioso; aunque al mismo tiempo quiero hacerte comprender que no debes ocuparte en actos caritativos solo por la esperanza del premio.

La caridad para ser sublime y digna á los ojos del Señor, ha de ser pura, desinteresada y espontánea.

No olvides esta primer virtud.

Consévala toda tu vida, y ella, hija mia, te abrirá el camino de otras muchas.

VIII.

¿Qué es esto, hijas mías?.. ¿No jugáis hoy? ¿Por qué renunciáis á vuestro recreo y solaz? Blanca, ¿por qué no cantas con las niñas?.. ¡Qué escucho!.. ¿Quereis oír, todas, las fábulas y consejos que doy á mi hija?.. Bien, no me opongo, y aplaudo en todas vosotras el deseo de instruiros.

Puesto que os empeñáis en oirme, estad atentas.

Nunca mejor ocasion que esta para encareceros la docilidad y dulzura que necesitan tener todas las niñas.

Las dóciles son mas predisuestas y comprenden

sus obligaciones antes que las iracundas é incorregibles.

Por ser la dulzura una circunstancia muy recomendable para las niñas, ella las hace simpáticas á los ojos de cuantos las rodean, y esta es la razon de que las bondadosas sean en todo y para todo siempre preferidas.

Una niña buena, dócil y afable es comparada con el blando barro de modelar, que sumiso se presta á recibir la forma que le den las entendidas manos de un escultor. De este modo, las niñas que oyen con la mayor dulzura las lecciones de sus maestros, llegan á ser mas pronto inteligentes cuanto ignorantes eran en un principio. Su afabilidad las proporciona el saber mucho más y antes que las que no tienen tal circunstancia; las hace merecedoras del cariño de sus padres y mayores; y por último, de la nunca olvidada Gracia Divina, que es la suprema ventura.

Os he demostrado lo útil que es á las niñas ser dóciles y afables, y ya he conocido en vuestros rostros que comprendéis la razon y la justicia de este punto. Sí, queridas mias, no me cansaré una vez y otra de repetirloslo.

Más que en los niños, en vosotras debe reflejar la imágen de la dulzura.

Una niña es la delicada representacion del sexo débil, y debe ser, como he dicho antes, dócil y cari-

ñosa; debe con su misma docilidad inspirar las suficientes simpatías á todos, para que todos la acaten y respeten; debe con su misma dulzura, con las endebles armas que la naturaleza le otorga, perfeccionadas con su sano criterio, captarse la benevolencia y la estimación general.

Concluyo, encareciendo á mis tiernas oyentes la mayor cortesía, urbanidad y compostura en todas sus acciones; y diciendo que no hay cosa mas ridícula que una niña intolerante é irascible, doy por terminada esta disertación.

No la echeis en olvido, y buenas tardes, hijas mías.

IX.

Blanca, como te conozco, veo en tu semblante retratada la incomodidad; y como he llevado muchos días estudiando tus inclinaciones, comprendo la causa de esa molestia.

Sí, Blanca, sí; estás enfadada porque hoy no salimos á paseo; porque no puedes divertirte con tus amiguitas.

¿Acerté?.....

¡Ya sabía yo que no me engañaba!..

Mira, he determinado que no paseemos hoy, con el propósito de que aquí, en donde no me oyen tus amigas, pueda tratar un punto ya algo delicado y que re-

quiere mucho tino, mucha observacion y mucho acierto sobre todo, por parte tuya.

Este es, el saber conocer para luego desechar el trato de las malas compañías.

Ya ves tú, si semejante cosa seria prudente y decoroso tratarla delante de aquellas niñas: no fuera cortés ni acertado hablar de esto entre ellas. Todas merecen el concepto mas favorable; á los padres de casi todas conozco, y por nada en el mundo quisiera ni trato de ofenderlas en lo mas mínimo. Lo que únicamente deseo es instruirte en el conocimiento y apreciacion de las buenas y malas compañías.

Por una ley de Dios, sábía como ley divina, necesitamos en este mundo del trato y conocimiento de nuestros semejantes.

Al comunicarnos con algun amigo ó amiga, recibimos la nueva de sus inclinaciones y costumbres, y le llevamos á la vez la noticia de nuestros usos.

Creendo que acertamos, nos proponemos imitarle y variar en algo que nos parece nocivo á nuestro modo de vivir; y, creendo perfeccionarnos, á veces nos desfiguramos más.

Como la amistad es un afecto tan íntimo que satisface al alma, si es puro, en aras de la amistad ofrecemos nuestras creencias, nuestras ilusiones y cuanto nos es dulce y agradable en esta vida. Pero como Dios ha puesto sobre la tierra el bien y permite que el dia-

blo fomento el mal para prueba del bueno, he aquí la razon que me asiste para encargarte, hija mia, pongas el mayor cuidado y observes bien á la persona ó personas que hayaz de llamar amigos y amigas.

Un amigo bueno, noble y desinteresado, dice un erudito, es una piedra preciosa de incalculable valor; al propio tiempo que un amigo malo, ó una mala compañía, por mejor decir, nos impele de continuo al mal, arrojándonos despues en brazos de nuestra perdicion.

FABULA 9.^a

Las simpatías.

En un campo brotaban
dos alelíes,
orgulloso el más jóven:
el otro triste
y en desconsuelos,
alzaba sus clamores
hasta los cielos.

La alegría del jóven
se fué ahuyentando
al ver las quejas tristes
de aquel su hermano;
y al poco tiempo,
tambien se quedó mústio,
su flor perdiendo.

Reanimado el viejo
por maravilla,
se tornaron sus quejas
en alegrías;

y en dos instantes
embalsamaba el campo
bello y fragante.

El alelí mas jóven
con gran tristeza
sucumbió, por desdicha;
no tuvo fuerzas.
«Iguual contagio
»teme, pues, Blanca mia,
»de amigos malos.»

Ya ves si queriéndote como te quiero, consentiria el que murieras por el dañoso influjo de una mala compañía.

Dudarás, y con razon, de que los malos amigos predominen tanto sobre nosotros; pero tus dudas deben concluir al saber que, como aceptamos su compañía, poco á poco llegan á ser los árbitros de nuestra voluntad; y como inocentemente les abrimos las puertas del corazon para gozar si ellos gozan, para sufrir si ellos sufren, de ahí proviene el constituirse en dueños absolutos de nosotros.

El único medio de conocer una mala compañía es observar si Dios la premia ó la castiga; si respeta y ama á la Divina Providencia; si rinde el culto debido á sus padres; en fin, hija mia, si es igual que tú en inclinaciones y modo de comprender y cumplir todas las leyes que pesan sobre nosotros en la tierra, y si continuamente observa que con nuestras buenas obras se puede alcanzar la gloria eterna en la otra vida.

Este es el único modo de conocerlas.

¿Quedas enterada?... Creo que sí.

Desecha por hoy tu incomodidad y confía en que mañana pasaremos.

X.

La pereza es uno de los defectos mas generales en la niñez.

Así como la piedad es la fuente de todas las virtudes, la pereza es la madre de todos los vicios.

Las niñas, y los niños tambien, propenden á ser perezosos porque ignoran lo estimable que es el tiempo en ese período de la vida llamado *infancia*.—En esta dorada edad y en la de la juventud, la razon sueña; el alborozado espíritu descuida unos intervalos muy preciosos, que despues se condele haberlos desperdiciado, y la causa es muy sencilla. Cuando llega á la edad en que su criterio sabe distinguir lo bueno de lo malo; cuando su corazon exento de aquellos brillantes insomnios vive en una esfera racional y pacífica, libre de ilusiones engañosas, entonces aprecia lo que ignora su razon y gime por aquel tiempo que pasó sumido en la ociosidad y en la pereza. Entonces su ánimo quiere adelantar lo perdido; quiere precipitadamente adquirir la instruccion que le falta y que hubiera podido ob-

tener, si no fuese por la pereza; quiere *volar*, en fin, y ya es imposible; imposible, porque es *tarde*.

La inteligencia es parecida á una planta; pues de nada sirve que tenga vida, si no la guarecen las labores del cultivo: la es preciso que el jardinero ú hortelano guíe sus tallos desde el principio; porque si la cuida solo cuando la planta ha crecido ya, entonces no puede ofrecer buen fruto: sus raices son imperfectas y faltas del vigor indispensable.

De semejante modo es preciso cultivar la inteligencia.

Desde la infancia hay que dirigir la razon, por buenas vías, para que cuando llegue á su apogeo ó sea á su mayor brillo, tenga la suficiente base para resistir vigorosa cuantos estudios se confien á su apreciacion.

La pereza embota los órganos intelectuales, y el perezoso ó perezosa es siempre un ser estúpido y digno de lástima.

Para extinguir ese defecto que raya en vicio, puesto que lo clasifica la religion en *pecado capital*, hay el sencillo recurso de instruir á la juventud deleitándola, no haciéndola áridas ni monótonas sus lecciones, y, sobre todo, haciendo que compare lo que sufre el perezoso y lo que disfruta el diligente.

Estos recursos deben unirse á un sano y verídico ejemplo de actividad, y creo que con esto solo es bastante para no temer que seamos perezosos.

—Más tú, Blanquita, estás con toda tu atención oyéndome discurrir, á pesar de que no hablo contigo.

Me he distraído un poco y para recompensarte, como es justo, oye referente á la pereza la

FABULA 10.

El opulento.

En sus riquezas fiado
tranquilamente dormía
cierto necio acaudalado
por herencias de cuantía.

En vano la agilidad
le despertaba en el lecho:
él veía su heredad
y quedaba satisfecho.

• • • • •
Pasáronse así los años
y poco á poco fué viendo,
en pós de mïl desengaños,
que se le iban concluyendo
aquellas píngües herencias
que sus padres le legaron;
y entre pleitos y pependencias
sin nada al fin le dejaron.

Como el tiempo malgastó
en dormir bien descuidado;
como en nada se ocupó,
fué preciso que al contado
aquel señor perezoso,
que siguió tan mal camino,
pidiera á todo piadoso
limosna, por Dios divino.

El que no le conocia
socorro pronto le daba,
y al recibirlo decia
de un modo que contristaba:
*Ayer con oro, dormido
mi desgracia fabriqué;
¡la pereza me ha perdido!
¡maldígala Dios, amen!...*

He aquí en este ejemplo, Blanca, los frutos exactos de la pereza.

Como me has oído antes, indudablemente produce una inercia en nuestro espíritu, una inmoralidad en nuestro cuerpo, que nos transforma de racionales en insensibles.

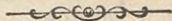
Fija un poco tu atención en la fábula que he dicho, y, si con semejante ejemplo todavía te inclinases á ser perezosa, diría que no tenías juicio ni reflexión.

La pereza es el albergue de todas las malas costumbres.

Una niña perezosa es, sin remedio alguno, una mala niña; y tú nunca has querido ni quieres ser mala. Lo sé; por lo tanto no te digo más sobre la pereza.

Hemos concluido por hoy.

Dáme un beso, y á Dios.



XI.

Algunas niñas incurren en la mala costumbre de ocultar á sus padres y maestros la verdad de algunas cosas, con el fin de que ignoren cualquier leve falta que han cometido; y no saben que mintiendo, pecan mortalmente á los ojos de Dios.

La verdad es la inagotable antorcha de luz pura á cuyos diáfanos resplandores la razon se esclarece y toman todos los objetos sus verdaderas formas.

La mentira ó el engaño es la constante tiniebla que envuelve con densos vapores el espíritu del mentiroso, hasta que haciéndole vacilar, le arroja entre tormentos á su perdicion eterna.

Quien dice la verdad, merece la consideracion de ángel.

Quien no la dice, es mirado como un demonio.

La verdad limpia y purifica nuestros lábios:

La mentira ó el engaño los mancha y los pudre.

A la niña embustera no la quiere Dios ni sus padres; es repudiada por sus mayores, y la castigan frecuentemente sus maestros.

La niña que no guarda en su espíritu ningun mal hecho, ni oculta con embrollos la verdad, es querida y estimada de todo el mundo.

4
Par (3)

La mentirosa vive taciturna, macilenta, torturando á cada momento su imaginacion para recordar sus embolismos.

Constantemente sufre, y pronto muere maldita por Dios y malquistada con sus padres.

Compadece al pecador, hija mia, á la vez que odies el pecado.

Un pecador es una víctima, y las víctimas necesitan las oraciones del justo.

Un refran dice: *En boca del embustero, la verdad es sospechosa.*

La primera mentira, Blanca, es el primer peldaño de la escala de la perdicion.

No lo olvides.

Jamás ocultes tus acciones ni tus dichos.

Vale mas sufrir un poco algunos instantes, que sufrir un mucho toda la vida; y, como he dicho antes, la mentirosa ó el mentiroso pasa sus días sufriendo.

Entre los diez mandamientos ó preceptos que nos impuso Dios, hay uno que dice: *No mentirás.*

El que lo infringe, peca; y al pecar, se expone á la maldicion Divina.

Solo porque lo manda el Señor y porque es justo, te digo: «No ocultes nunca la verdad y cumple el octavo mandamiento de la Ley Divina»

Cuando alguien te diga que calles alguna cosa ó que la desfigures al contármela, acuérdate de que Dios que

es quien ve y juzga tus acciones, lo sabe ya; y que si yo, que velo por tí sobre la tierra, la ignoro ocultándomela, ofendes á la Divina Justicia, y, cometiendo un pecado, desprecias mi autoridad paternal.

Sí, Blanca; cuando haya, repito, quien te diga que me ocultes algo, rechaza á la persona que tan mal te aconseja, y presurosa ven á refugiarte en los brazos de tu padre.

El te quiere mucho, y sentiria que mintieses por cualquier cosa; además de que, no sabiendo la verdad, no es posible que te aconseje, ni que aprecie los buenos resultados de mis lecciones.

Supongo que ya has comprendido tus deberes tocante á este punto, y voy, conforme á mi obligacion diaria, á referirte una fábula que encierra un singular ejemplo.

Escucha.

FABULA 11.

La indigestion.

En las orillas del Darro,
que es rio que fertiliza
las campiñas de Granada,
que fueron del moro envidia;
cojiendo buenas naranjas
dos muchachuelos corrian
por el verjel mas galano

que tiene aquella campiña.
Andando y comiendo fueron
hasta bien entrado el día,
y por temor uno de ellos
de que en su casa le riñan,
á su amiguito incitó
á que volviesen aprisa.
El otro (gran novillero)
la propuesta desestima;
y al medroso obandonó,
que se fué tras su familia.
Esta le habia seguido
por su fortuna aquel día,
y al preguntarle al muchacho
cómo y de dónde venia,
este por salir del paso
inventó una atroz mentira,
con la que aumentó el enojo
viendo todos su perfidia.

Por la noche se acostó,
y naranjas y fatiga
le causaron tan gran cólico,
que le tuvo, en la agonía
mucho tiempo, hasta que bueno
le puso la medicina;
y cuando convaleciente
le decian «¿qué tenia?...»
muy contrito contestaba:
«¡me hizo daño una mentira!...»

Efectivamente, tal enfermedad se la mandó la Divina Justicia en castigo de su primer embuste.

Nunca volvió á mentir aquel niño y tenia en sus padres una confianza ilimitada.

Ellos al verle curado de aquel vicio, fueron dichosos.

No temian que su hijo les mintiese en nada, y con esta tranquilidad pudieron dirigirle á su antojo por el camino de la virtud, y lograron hacer de aquel niño, un niño modelo de los demás.

No te encargo que le imites, pues no tienes este infame defecto; solo sí te recomiendo el mayor ánimo para poder resistir la tentacion de la primera mentira.

Siguiendo tu boca pura y limpia del engaño, lograrás con ménos trabajo obtener más pronto tu completa ventura.

«Un vaso conserva por mucho tiempo el olor del primer líquido que se vierte en su cabidad.»

No olvides nunca esta máxima filosófica y racional.

XII.

Otra de las prendas que deben adornar tu educacion es la cortesía. Esta es la que realza las bellas cualidades de una jóven.

Una prudente circunspeccion, una conforme urbanidad y una fina cortesía, son dotes muy estimables para toda niña.

La amabilidad es una joya sin precio, que brillando, enaltece á los que la poseen.

La cortesía es el elegante y natural modo de relacionarnos con nuestros semejantes; y con los finos mo-

dales que la cortesía enseña, respetando á los que conocemos, les decimos que nos respeten y consideren.

En una niña principalmente deben aparecer las sábias y precisas reglas de una escogida urbanidad.

La niña cortés, afable y discreta debe ser la norma de las buenas costumbres; de la atenta consideracion general: debe, en fin, ser admirada en todas las ocasiones por su comedimiento y finura.

De poco serviría, Blanca, que te procurase la mas escogida instruccion, si tus groseros modales revelaran luego tu falta de cortesía.

Entre las distintas ramas que tiene el árbol de nuestra discrecion, una de las más principales es la cortesía. Sin ella, como he dicho, no hay nada perfecto; pues para aprender, es necesario *saber aprender*, así como para enseñar, es preciso *saber enseñar*.

La docilidad y la cortesía aunque son gemelas no son iguales.

La una es una afeccion pura de nuestros sentimientos; la otra es el resultado lógico de nuestro raciocinio.

Si no hubiera cortesía, no viviríamos en sociedad; y este aislamiento produjera el idiotismo, impidiendo el desarrollo de la cultura y los adelantos de la civilizacion.

Solo al ver á una niña afable y cortés para todos, formamos un brillante concepto de sus buenas dotes.

Solicitos deseamos oír su prudente y entendido modo de raciocinar; y al contemplarla perfecta, espontáneamente la ofrecemos nuestra pura y franca amistad, rogándola que acepte nuestros leales servicios y nuestros considerados respetos.

Bien comprendes, por lo que te he dicho, lo útil y provechoso que es el usar con todo el mundo la más estricta cortesía; las más deferentes atenciones.

Ellas vienen á redundar en beneficio tuyo, no tan solo porque con ello complaces á Dios y á tus padres, si no porque te captas la general benevolencia.

Convencido de que conoces la justicia de mis asertos, voy á referirte la prometida fábula.

FABULA 12.

Los dos viajeros.

Perdidos dentro de un bosque
se encontraban dos viajeros,
envueltos entre tinieblas
y entre ramajes espesos.

Gritos daban demandando
les socorriesen ligeros,
y á sus voces lastimeras
respondía solo el eco.

El uno afable y cortés,
consolaba al compañero,
en tanto que el otro, rudo,
maldecía bien protervo.

Sin esperanzas se hallaban,
cuando vieron los destellos
de una luz, harto lejana
para el que no tiene aliento.

El prudente se reanima;
mas el otro, que blasfemo,
los consuelos despreció
con ademanes groseros,
falto de fuerzas se hunde
en un precipicio adverso,
en donde Dios, en castigo,
le dejó al instante muerto.

El cortés, llegó á la luz
que era la de un mesonero,
y con afables modales
pidió cama, cena y fuego,
que le fueron otorgados
por el complaciente dueño,
con mil amores al ver
la finura del viajero.

En tanto, el otro ajustaba
cuentas con el Juez escelso,
de las mil descortesías
que cometió por ser nécio;
*pues el que talento tiene,
es cortés, fino y discreto.*

Tal ejemplo (un poco fabuloso en verdad) debe servirte de norma para que, en cualquiera ocasion ó circunstancia que te halles, seas con todo el mundo atenta como es debido, y cortés sin afectacion.

La urbanidad es el principio de las buenas costumbres.

No lo olvides, Blanca.

Cuanto más galante, más comedida y más cortés seas, con la naturalidad genuina de una jóven de excelentes cualidades, más lucirán tus dotes; más serás complacida captándote las simpatías y el cariño de tus semejantes.

Puesto que eres buena y cumples con toda exactitud cuanto te encargo, escuso el requerirte nuevamente para que ejecutes lo que llevo dicho.

Todo es por tu bien, y cuando llegues á la edad mia y tu raciocinio distinga con toda perfeccion lo bueno de lo malo, entonces, recordando nuestras conversaciones de ahora y el fin moral de mis fabulillas, entonces, repito, conocerás si te quiero y si es posible que te aconsejara algo que redundase en perjuicio tuyo.

El amor de un padre ó de una madre, es el amor mas puro que existe.

XIII.

Encargados de tu educacion los profesores que he elegido, ellos y solo ellos deben ser los únicos responsables de los adelantos en tu enseñanza.

Ante su justificada autoridad debo enmudecer; y si hoy, Blanca, hablo de tu instruccion, es solo con el fin de encarecerte el mayor interés y solicitud en pro-

curártela lo mas sólidamente posible, en el menor tiempo que tu capacidad permita.

No soy partidario de la enseñanza recargada.

No creo sea adecuado á la temprana comprension de las niñas una aglomeracion de lecciones muy distintas que acumulen diversos conocimientos.

Además, si en las niñas no se exige tan relevante instruccion como en los niños, teneis en cambio otras mil cosas que aprender; las cuales, si no son científicas, son al menos tan indispensables.

La sociedad, el mundo, os dispensa de los conocimientos sublimes, y le basta que poseais nociones suficientes á entender lo que los demás discuten.

Una niña debe saber ciertas particularidades hasta hoy no escritas en libro alguno; debe conocer y corregir algunos defectos peculiares de la niñez, que si por descuido estos se arraigan en sus hábitos ó sea en su modo de vivir, suelen ofrecer á la mujer crueles sinsabores y grandes desgracias.

Como tu educacion, repito, se halla encomendada á personas dignas por todos conceptos de mi completa confianza, á su cuidado la dejo; solo sí me corresponde, como padre, pedirte robustezcas tu voluntad, y con empeño firme procures aprender cuanto digan tus profesores, bien, y en el menor tiempo posible.

Te digo bien, significándote no sea solo de un modo fugaz y pasajero; pues si llegases á olvidar por des-

gracia sus sábias lecciones, te convertirias en idiota y necia, y á cada paso te avergonzarias de haber olvidado tan benéfico influjo.

Te digo en el menor espacio posible, porque á tu edad cada hora, cada dia que pierdes de instruir tu razon, es como un rico diamante que se tira al mar; que luego, por más que quieras hallarlo, es inútil; nunca se recobra aquella preciosa alhaja.

Convencido como estoy de que al emprender la nueva vida de incesantes, pero moderados estudios, no decaerá tu ánimo, así lo espero de tu juicio, voy á referirte una fábula conveniente, para ocuparme en seguida de un defecto al que propendeis todas las niñas, y que, como dice el refran *«desde pequeños se enderezan los árboles.»*

Así en la infancia es preciso hacerlo desaparecer hasta borrar sus infames huellas.

Escucha antes la fábula.

FABULA 13.

Luz y sombra.

Rosita y Rosa
son dos hermanas;
entendida la una,
la otra holgazana.
La Rosita siempre
que era preguntada,

lucía modesta
cultura sobrada;
En tanto que Rosa
ostenta el ser zafia
é ignora preguntas,
tan lisas, tan llanas,
que dá desconsuelo
el ver su ignorancia.
Un dia vinieron
señoras estrañas,
y á Rosa examinan;
mas ella es tan zafia,
que pone en relieve
su ignorancia crasa.
Luego una señora
la dice enfadada:
«Mereces por necia
•te dé ¡calabazas!
»que es bien que conserves
»por siempre esta planta.»
Pasó aquel vejámen;
quedó avergonzada;
al par que á Rosita
las damas galanas,
al ver su destreza,
la compran mil cajas
de dulces y cintas,
que ofrece á su hermana
diciéndola: «Estudia,
•querida del alma,
»y nunca te olvides
•¡que dan calabazas!!.»

Suponerte capaz de que alcanzases el premio de la pobre Rosa seria ofender tus buenas cualidades y tu entendida imaginacion.

El exhortarte al más ardiente celo por el estudio, es porque quiero que en todos los exámenes que sufras, en todas las ocasiones en que te halles, brilles más que nadie, y merezcas siempre el primer premio que los sábios profesores conceden al discípulo más inteligente.

Quiero oír decir que mi hija Blanca es la niña modelo de las demás por todos estilos, y que debe tener orgullo el padre de tan perfecta criatura.

Esto es lo que deseo oír, y, como lo deseo, supongo que emplearás cuantos medios estén á tu alcance para conseguirlo.

Quedo fiado en tu promesa, y vamos á tratar de ese defecto que, segun he dicho antes, aparece generalmente en la infancia, y que con mas predominio subyuga á las niñas.

Dirás ¿cuál es?.. óyeme, Blanca querida; este defecto de tan terribles consecuencias es... ¡el *lujol*!.. Escucha.

XIV.

Desconociendo que la más perfecta hermosura reside en la pureza de las dotes personales, hay niñas que adornan profusamente sus vestidos.

Como desconocen, vuelvo á decir, por su temprana

edad las reglas del buen gusto, juntan ó amontonan adornos sobre adornos, logrando aparecer á los ojos de sus compañeras, extravagantes, caprichosas en extremo, cuando no ridículas en demasía.

El cariño de los padres, la vanidad ó la negligencia, permiten que una niña tenga el defecto de ostentar lujosos trajes, arraigue en su ánimo tan malas costumbres, y, cuando conociendo los fines de tan peligrosa marcha, quiere el juicio de sus mayores dirigirla por el buen camino, entonces, ó es tarde por tener el mal hondas raíces, ó solo consiguen momentáneamente y al parecer corregirlo.

La niña que blasone de prudente y entendida, debe solo procurar la decente compostura y el riguroso aseo en sus trajes. Debe no excederse en los adornos de sus ropas, y debe, en fin, con su circunspeccion dar á entender que no ignora los deberes de urbanidad, decoro y economía que pesan sobre toda jóven.

Cuando en el paseo ves á una niña que ciñen su apretada cintura ricas faldas de seda; cuando orgullosa luce en su cabeza artísticos lazos con flotantes plumas; cuando observas aquel deslumbrador conjunto y lo comparas, mi Blanca, con tu elegante, pero sencillo traje de seda y lana; cuando cotejas aquellas plumas, vamos, Blanquita, dime, ¿no sientes un deseo de poseer aquellas galas?.. ¿No?.. ¿De verdad?.. ¡Bien! me alegro, porque me indica esa contestacion que no eres

envidiosa, y ya sabes que la envidia es un pecado comprendido en los pecados capitales.

En recompensa de esa virtud, toma un beso.

Sigo mi discurso.

Niñas hay que envidiándola, piden á sus papás, por imitar á aquella que luce tantas galas; piden, repito, algunas veces un lujo que no es posible cumplir, y con estas súplicas se malquistan con los que de dia y noche incesantemente cuidan de su bienestar, y de continuo trabajan para ofrecerla despues un porvenir modesto, pero tranquilo.

Hay quien por el lujo mata sus buenos instintos.

Olvidan ciertas jóvenes hasta los principios religiosos; y cuando su edad las precipita á formar parte de la masa general de mujeres, entonces, hija mia, arrollan todo por el lujo; y casquivanas y ciegas por encajes, cintas y plumas, ultrajan las buenas costumbres y escandalizan la sociedad, mereciendo se las tilde como *malas* mujeres.

El Señor te libre de tan afrentoso título.

Una honrada medianía es mas dichosa que la insultante opulencia.

Jesucristo nos dá, como en todo, la admirable norma con sus sencillos trajes, de lo modestos que han de ser nuestros vestidos.

Imítale siempre, Blanca.

No desees el lujo; y cuando tengas algun dije, algun

adorno, llévalo sin altivez, y nunca olvides que habrá niñas que en aquella hora pedirán por el amor de Dios un pedacito de pan que poder comer; y reflexionando las consecuencias indicadas de la ostentacion, sea el primer móvil de tu pura alma la caridad. El mismo dia que te engalanes, sea el dia que des mas limosnas.

Esto te enaltecerá á mis ojos, siendo mas meritoria tal accion para la Divina Providencia.

El sexo débil, el sexo bello, las hembras por último, tienen la obligacion de guardar siempre una sábia economía; y cuanto más modesta te presentes al mundo, más conocerá este tus buenas cualidades y tus asombrosas virtudes.

A ver si atinas ó comprender la moral que encierra esta fábula.

FABULA 14.

El buen abrigo.

Un opulento banquero
feliz una hija tenia,
que con candor muy sincero
la altivez no conocia.

Una tarde que le hablaba
le preguntó con cariño,
«cuánto el abrigo costaba
que la iban á hacer, de armiño.»
—Asombrado respondió

su papá sin comprenderla:

«segun cuentas que eché yo,

»poniendo al broche una perla...

•Cuarenta duros, lo menos,

»el abrigo costará;

»pues le quiero, de los buenos,

»y nada le faltará.»

—«Que ese dinero me dices

»te lo estimara,» responde,

»y que al mismo tiempo vieses

»cómo lo empleo... y en dónde.»

—«¡Vamos á ver qué te place!..

•Salgamos, hija querida,

•que el verte así me complace

•y el complacerte es mi vida.»—

..... Hija y padre se marcharon

con el valor del abrigo,

y en una casa se entraron,

que era albergue ¡de un mendigo!..

Viejo, enfermo, en soledad

el pobre en cama se hallaba,

cuando *la santa piedad*

en la habitacion entraba.

Al pobre dió su dinero

aquella admirable hija,

y socorrió al pordiosero,

con caridad bien prolija.

El anciano no acertó

á expresar su gratitud,

y confundido exclamó:

«Quiso Dios daros virtud!

»¡Bendecida vos sereis

»por mis tiernos pequeñines:

»rezos de niños, sabeis

»son rezos de querubines!..»

Salió al fin de tal morada

sonriendo y complacida.

Paer 5

El padre no dijo nada
aunque el premio no descuida.

Caminaron, y en la tienda
do el abrigo se iba á hacer
la dijo: «Justo es que aprenda
»en tu leal proceder.»

—¡Yo con gran solicitud
ahora te compro el abrigo!
¡Pues se premia la virtud,
yo así premio y te bendigo!..

¡Pues no lloras!

¡Qué excelente corazon te ha dado la Divina Provi-
dencia!

La sensibilidad es la cuerda mas delicada que tiene
nuestro espiritu, y aquel que, cuando ve sufrir, no
sufre, no es bueno.

Bien sé (porque te conozco) que desearias hacer
otro tanto que la niña de la fábula, y no sabes que sin
conocerlo hiciste una accion igual.

Escúchame:

¡Recuerdas aquellos vestiditos cuyas faldas te esta-
ban cortas, y que era ya imposible que los gastaras?

¡Te acuerdas de lo que dijiste que hiciera la criada
con ellos?..

¡No!

¡Bendito sea Dios que te ha dado tan nobles senti-
mientos para mi orgullo y satisfaccion paternall..

¡Lo mismo olvidas el bien que haces que el mal que
recibes!

¡Qué buena eres!

Pues acuérdate que se los dieron, así lo quisiste, á la niña que hay mas pequeña que tú en las guardillas de esta casa; á la hija de esa pobre lavandera.

No ignoras que semejantes vestidos que á tí no te servian, y que ya no los usabas sino para andar por aquí dentro, por estar muy usados, la vieja lavandera se los pone á su niña solo los dias festivos.

En relacion exacta está: igual accion es que la de la hija del banquero.

Tambien como ella has sido bendecida, y sabes que siempre que te hallas en la escalera á la pobre madre, te colma de besos.

Como el banquero de la fábula, tambien premié tu generosidad aquel mismo dia, comprándote el bonito sombrero de castor con plumas, que tienes para el invierno.

Con que, ya ves si hiciste lo propio que esa fabulosa niña á quien envidiabas hace un momento.

Sigue siendo buena como hasta ahora, que Dios te premiará y tus orgullosos padres, al tener tan adorable hija.

Enjuga tus lágrimas y adios.



XV.

Otro escalon resbaladizo que aparece en nuestra vida para llevarnos al camino del mal, es el leer escritos perniciosos y ofensivos á las buenas costumbres.

Por desgracia se publican tales absurdos.

Por desgracia el demonio los pone en nuestras manos, y de nada serviría, Blanca mía, que procurase tu bienestar, si en la lectura de tales documentos bebieses el néctar de los vicios.

Para conservarnos incólumes, tenemos el gran recurso, el gran amparo de desechar con mano fuerte esas publicaciones. Es preciso saber resistir esta clase de tentaciones, y, lisongeándonos con la esperanza de la victoria, despreciar su contenido hasta el extremo de no leer siquiera una de sus líneas.

Para este triunfo recurre á la religion y á tu claro talento en distinguir lo bueno de lo malo, y, robusteciendo la cristiandad tu juicio, no dudes que vences.

El glorioso San Antonio nos presenta la norma que debemos seguir siempre para triunfar de toda clase de tentaciones.

Absorto en la lectura de libros sagrados; embebido en profundas meditaciones, no vió, ni pudo, ni quiso ver, la numerosa falange de vicios y goces impuros

que para condenar su alma le presentó el diablo.

Inútilmente le llamaba para que viese aquellas furias, fiel semblanza del pecado.

Inútilmente le ponía la ocasion de pervertirse.

El seguía impertérrito en su lectura religiosa, y con ánimo sublime resistió y venció á todo; mereciendo por esta notable prueba, que Dios le premiara espléndido, colocándole en el envidiable número de los santos.

Aun tu temprana edad no comprende las terribles consecuencias del pecado. Aun no sabes, Blanquita, los innumerables padeceres que experimenta el iluso y ciego que, sin saber lo que se hace, lee escritos, bien impresos, bien gráficos, inconvenientes y perniciosos bajo todos conceptos.

Huye pues, hija mia, de semejante peligro, y no dudes que Dios premiará tus esfuerzos, ayudándote á vencer tan perjudicial tentacion.

No creas, por esto que te prohibo, á imitacion de otros padres, la lectura de novelas, comedias y libros parecidos.

No; solo te quiero privar de aquellos que ensalzan lo pernicioso é inducen á pecar.

Novelas hay (no todas) útiles y convenientes á nuestras costumbres.

Comedias tiene el Teatro Español (no todas tampoco) que instruyen deleitándonos, y no convengo con

los padres timoratos desacertadamente que privan á sus hijos de tales documentos.

Ahora bien , supongo que conocerás la razon que tengo para encargarte no me ocultes ninguno de los libros y papeles que vayas á leer; porque si, acaso, por cualquier medio llegara á tus manos algun escrito infame, mi experiencia lo separará de tu vista, y obedeciendo mi prohibicion , conseguirás la pureza, y que tus virtudes brillen siempre á los ojos de los demas.

Oye, pues, una fábula á propósito.

FABULA 15.

El gato y el libro.

Un gatito negro y cojo,
boquituerto y repelado,
por imitar, el pobrete
pretendió ser literato,
diciendo por disculparse:
«Si hay perros y monos sábios,
»¿por qué no ha de haber alguno
»que acredite es sábio el gato?»

Para ello, de su amo jóven
revolvió textos legajos;
y varios libros leyó
con el afan de estudiarlos;
mas con tan negra fortuna,
que cogió uno muy malo,
en el cual aprendió el miz

á ser vicioso y malvado.
El dueño de tales libros
(¡que no los confunda el diablo!)
murió muy jóven al fin,
y al revolver sus armarios,
vieron el libro maldito
y en las llamas lo arrojaron.

El gato que en él leía,
á poco se puso malo,
y estuvo con calentura
en un rincon acostado.
¡Allí tambien espiró
por aquel libro nefando!
*Testos hay, Blanquita mia,
que no los resiste el diablo
y no sé por qué consienten
se publiquen, no ignorando
que si llegan á nosotros
morimos si les tocamos.*

Creo que lo dicho es muy bastante.

Concluyo hoy despidiéndome de tí como fabulista.

Tienes cinco años; á tu edad no debo decirte otras cosas que reservo para dentro de algun tiempo.

Cuando llegue ese dia, prometo decirte dos ó tres fábulas más.

Dame un beso por recompensa de mis trabajos, y ten confianza en mí; pues la deuda que hoy contraigo, te la satisfaré sin falla alguna.

Termino, pues, encargándote no olvides jamas lo demostrado en las disertaciones celebradas, así como los ejemplos que encierran las quince fabulitas dichas.

Cumple las reglas de buena educacion y serás feliz.

XVI.

Blanca, tu comportamiento me vanagloria cada vez mas.

Eres muy buena y bien ves que Dios premia tus virtudes colmándote de felicidades.

Hoy hace justamente cinco años que tuvimos la última de aquellas entrevistas en las cuales tratábamos algun asunto delicado y conveniente para tu instruccion.

Hoy tienes mas de diez años, y ya es preciso que te hable de otras obligaciones que pesan sobre tu juventud, con la misma fuerza que las que te dije hace cinco años pesaban sobre tu niñez.

Al cumplirlas, has visto sus benéficos resultados.

Espero, hija mia, que éstas las observarás tan fielmente como aquellas.

Aunque tu edad no es todavía á propósito para regir una casa, quiero instruirte de la obligacion en que estás como mujer de cumplir los preceptos de una sabia economía.

Esta produce la acumulacion y la reproduccion de todos los objetos, sea cual fuere su valor.

Las mujeres, hija mia, mientras se hallan al amparo de un padre, y cuando luego cuidan de un esposo, deben no desconocer ciertos principios fundamentales de buena administracion. Deben con sus esquisitas atenciones y su continua vigilancia de los gastos de su casa, conseguir el mayor ahorro y la economía mas prudente, á fin de fomentar aquellos bienes que guardan y rigen.

La buena hija ó la feliz esposa debe saber ejecutar todas las operaciones mecánicas que exigen la limpieza y el buen orden; debe, si tiene criados á quienes mandar, saber lo que se manda, empleando por supuesto la encarecida dulzura; y antes de aquellos conocimientos puramente de adorno, debe saber los conocimientos del cuidado de una familia.

No me opongo á que las jóvenes aprendan completa aritmética, dibujo y pintura, á que borden y sepan música. No; estas clases de estudios son convenientes para la mayor cultura de las jóvenes; pero las deben aprender cuando se hallen muy prácticas en costura; cuando sepan zurcir, barrer y planchar; cuando sepan de memoria las reglas de una buena higiene doméstica y las costumbres y prácticas favorables á la tranquilidad de la familia que gobiernan.

En una fábula te encarecí el empleo que has de dar al lujo; invertirlo en obras caritativas.

Mucho tiempo hace ya y no sé si aun lo recuerdas.

En la siguiente fábula mira las consecuencias del desorden.

FABULA 16.

La rica, pobre.

Acostumbrada al lujo
la niña Emilia,
su vida resbalaba
de orgía en orgía;
y sin cuidados,
el gobierno de todos
fió á criados.

Como ignoraba,
un mayordomo,
pillete redomado
de tomo y lomo,
fingió clemencia
y la robó el tunante
su gran herencia.

Al contemplarse pobre,
muy condolida,
lágrimas vertió tristes
por su desdicha.

*Que es lo que logra
el que el valor desprecia
de la edad corta.*

Trabajos y fatigas
ella pasaba,
y, aunque quiso, la pobre
no trabajaba;
y sin ventura,
cayó enferma y muy grave

de calentura.

Al hospital llevada
en él espira,
¡á poder del desórden
que tuvo en vida!

*Sé cuidadosa
y no dudes, mi Blanca,
serás dichosa.*

Demasiado conoces lo que sufriría solo por no observar orden en sus costumbres. Si la Emilia de esta fábula se hubiese acogido con su opulencia á una honrada medianía ; si en lugar de esos innecesarios festines hubiera economizado , no sufriría la tortura de verse en un hospital , en donde la caridad la recogió para morir..... Dios, y solo Dios , sabe si en santa gracia.

Al propio tiempo que una virtuosa hija ó una considerada esposa labra con sus arreglos y economías la felicidad de su padre ó su marido, así fomenta su bienestar; y la satisfaccion que tiene de ver felices por su régimen á cuantos la rodean , la hace muy acreedora á la estimacion y respeto de los que están bajo su custodia.

Mañana, hija mia, trataremos de un asunto más delicado; y á pesar de que á tu edad es algo prematuro ocuparnos de él, sin embargo, no lo es tanto como á primera vista aparece , por la sencilla razon de que, penetrando una niña en la época de la juventud, nece-

sita desde el primer instante un pleno conocimiento de la senda que cruza.

Necesita que los consejos de un padre fortifiquen su corazón y hagan de modo que se conserve pura de toda mancha; y sabiendo elegir esposo, consiga cimentar su ventura y la del hombre á quien se una con los fuertes lazos del matrimonio.

Necesita, en fin, ser buena hija y buena esposa para despues llegar á ser buena madre.

No digo mas por hoy y hasta mañana.

XVII.

Vamos, Blanca, ven; siéntate junto á mí y escucha con la mayor atencion.

—Hace cinco años, emprendimos la tarea, yo de decirte por las tardes una fábula y observaciones que te instruyesen, y tú de ejecutar las virtudes que en ellas te encarecía ó de huir de los vicios que te pintaba. Entonces eras muy niña. Tan buena y tan hermosa cual hoy.

Pusiste el mayor cuidado, como en todo, y conseguimos al fin, yo verme complacido y tú contemplarte virtuosa y respetada de todo el mundo. ¿No es así?

Hoy, conforme á lo que te indiqué ayer, voy á decir lo preciso é indispensable que es guardes en tus

acciones, en tus costumbres y en tus dichos el mas rigoroso recato, el mas inflexible pudor; pues estas cualidades te captarán la benevolencia de las jóvenes de tu edad, y el aprecio de tus amigos y conocidos.

El encarecer las prendas que sin haberlo indicado ya brillan en tí, es porque quiero que sepas todo el inmenso valor de estas circunstancias.

No soy de los padres que desean ignoren sus hijos. Prefiero que, aunque sea anticipadamente, sepan distinguir el bien del mal.

Opto por instruirles y hacer patente lo sublime de sus buenos sentimientos para que se fortifiquen más y más en las buenas acciones, y no vacilen ante el riesgo del pecado, sabiendo triunfar valerosamente de tan mala tentacion.

Las jóvenes deben ser pudorosas, y con sus cortesías modales, llegar hasta el prudente límite que marcan las reglas de la finura y el buen comportamiento.

Su circunspeccion debe ser la sima en que se estrellen los perniciosos instintos de los culpables; y debe en fin, conservar toda jóven como la alhaja de mas valía, ileso y limpio su honor de la mancha del envilecimiento.

El honor, Blanquita, es la joya mas preciada que existe.

En las mujeres es muy delicado, y una vez perdido, el descrédito y el ludibrio mas escandaloso cae sobre

la frente de la infeliz á quien el mundo y la sociedad entera con mano altiva rechaza.

Cuando , por sus merecimientos , una jóven inspira amor puro á cualquier hombre , labra la dicha de ambos.

Cuando su virtud y su entendido régimen en la administracion de una casa afianza esa ventura, entonces da envidia su felicidad.

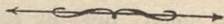
Toda jóven debe huir de la seduccion, del libertinaje y del engaño , porque estas cosas la arrebatan su pureza y la cubren de oprobio.

Debe ir al altar sin mancha de especie alguna , y ceñir con frente serena la virginal guirnalda de las desposadas.

Debe en fin ser honesta, y guardar el debido recato que exigen las buenas costumbres y el honor de toda jóven.

La impudencia y el cinismo son el lodazal de la vida.

La fábula que sigue te demuestra la razon de mis observaciones.





FABULA 17.

El noble y la hortelana.

En una choza de madera y ramas
vivía pobre una hortelana bella.
Honrada siempre, despreció las tramas
que el diablo puso sin cesar ante ella.
Su honor cubría de ásperas escamas
el candor que en su rostro se destella;
y al verla hermosa, tan honesta y pura,
se hace adorable la hortelana oscura.

Una mañana, al despuntar la aurora,
pasó á su lado en un corcel subido
el Señor de aquel valle donde mora
la casta jóven que hemos referido.
Queda al verla prendado, y en tal hora
resuelve darla mano y apellido;
y sin cuidarse de su noble altura,
su esposa llega á ser tal criatura.

Dichosos ambos la desgracia ignoran;
Dios les protege con su don bendito;
no haberse visto *antes* lo deploran,
y haber gozado bien tan infinito.
A Dios escelso de rodillas oran,
mezclando estas palabras en su rito:
*¡Feliz el hombre que no siendo estulto
al recato y honor le rinde culto!..*

Ya ves una pobre campesina llegar á ser Señora de villas y haciendas.

Ya ves como por ser recatada y virtuosa, sin la esperanza de que persona alguna comprendiese sus brillantes dotes, hubo, sin embargo, uno que la admirara, y espléndido la premiase con más venturas que ella podía soñar.

¿Comprendes bien lo feliz que seria aquella labradora, solo por haber guardado puro su honor?

Compárala con la deshonesta y corrompida. Sus horas son el número de insultos que la infieren.

Su demacrado semblante y su mustio continente, son el espejo de su corazón; y si á esto unes que espira siempre en un hospital, donde la beneficencia por compasión da asilo y lecho de muerte, comprenderás la

distancia que hay de una á otra; lo que vale el ser buena, y lo que cuesta el ser mala.

Tú eres la labradora; y si bien hoy en tu frente brilla el sello de la pureza, tal vez mañana el engaño te la arrebataria. Por eso, aunque un poco prematuramente, he querido demostrarte las consecuencias de la viciosa, y la felicidad que obtiene la que guarda, segun he dicho antes, su honor como la alhaja de mas precio.

Si lo has comprendido, no me queda más que decirte por hoy.

XVIII.

Ayer te hablé del casamiento, y no te dije por olvidado una cosa muy necesaria y que debes saber. Elegir acertadamente el esposo con quien has de pasar luego el resto de tu vida.

El indisoluble lazo del matrimonio; el cumplir ese santo sacramento, exige la mayor reflexion y mucho tino en escoger la persona que vaya á darte la ventura ó la desgracia.

No debes guiarte solo por los impulsos de tu corazon.

Es preciso al elegir esposo, que la cabeza rija nuestros actos, y con toda madurez aceptar lo conveniente. Para ello tienes el auxilio de Dios. Cuando vayas á decidirte, suplica á la Providencia ilumine tu razon.

Despues tienes en tu obsequio el amparo de tus padres que, como te quieren bien, es imposible que te aconsejen mal.

6
Paris

No creo es á propósito oponerse abiertamente á la eleccion de una niña, sin darla razones que la convenzan , y solo se puede disuadirla esponiendo los justos motivos que hay en contra del esposo prometido.

Las jóvenes huérfanas, deben pedir este consejo, indispensable en tal situacion , á sus tutores, curadores ó parientes mas próximos.

En el caso de faltar los dichos, los mayores en edad y saber sean sus consejeros.

Una joven debe observar muy detenidamente los usos, dichos y costumbres del que eligió para esposo.

Debe saber si, como ella, ama á Dios, á sus padres, mayores y semejantes. Si es caritativo, virtuoso, y, en fin, si es bueno como ella.

Viendo en él tales circunstancias , no dude que si despues de haberse aconsejado, contrae el matrimonio, será dichosa indefectiblemente , sin que un disgusto altere su felicidad.

Al ir en esa nueva senda, no debe olvidarse que las leyes del recato y del honor quedan para ella inflexibles , más ríjidas *aun* que antes de desposarse. Debe comprender que la confia su esposo la honra y el decoro de su apellido ; y que si lo vilipendia en un momento de extravío, será despues motejada con el infame epíteto de *adúltera*, sufriendo la terrible degradacion y las humillantes consecuencias de *un divorcio*.

La afrenta recaeria entonces no solo sobre la mala esposa, sino sobre sus parientes.

Por donde fuera luego , seria espulsada ; y sin recurso divino ni humano, moriria entre crueles remordimientos.

Jamas permita la Suprema Divinidad que nos rodeen tales disgustos.

Antes de ahora he procurado demostrarte que la economía y el buen orden de una casa, produce la paz y la ventura del matrimonio; y como supongo que no olvidas ninguna de mis observaciones, paso á decirte la penúltima fábula.

FABULA 18.

La vid perjura.

En una glorieta hermosa
nació un olmo y una vid,
que con afan cultivados
en Agosto y en Abril,
llegaron á ser robustos
tanto el olmo, cual la vid.
Estrechamente cojidos
ella por él, fué feliz,
y él, por ella, sombra daba
y frescura á aquel jardin.

Así pasaban los dias;
pasaban años así,
hasta que un olmo pequeño,
que nació cerca de allí,
pidió cariñoso una hoja
á la veleidosa vid.
¡Sin pensar lo que se hacia,
consintió en dar la hoja al fin!
Tras la hoja fué una rama;
y tras ella ramas mil,
hasta que el olmo enojado
se separó de raiz.

Entonces al verse sola,
comprendió el mal que hizo allí,

y repudiada de entrambos
olmos, se puso á gemir;
y entre duelos y sollozos
dijo muriendo la vid:

• ¡*Jóvenes que os amparais
en un esposo!.. ¡Ay de mí!..
Temed igual desventura
si cometeis un deslíz!...*•

¿Comprendes ahora bien, hija mia, las terribles consecuencias de no saber resistir tentaciones tan nocivas para la que nace honrada?

Víctima de su abandono, espira la esposa sin el auxilio del que Dios y ella eligieron para su escudo.

¿Y si es madre?.. ¡Ah!.. entonces son mas crueles sus remordimientos. ¡Tener que consentir la separen de sus amados hijos! ¡Verlos como el esposo se los quita, por juzgarla indigna de educar y cuidar bien á aquellos tiernos pedazos de su corazón!.. Entonces aquella desventurada es aun mas digna de lástima, porque su juicio vacila, y es posible que, como único punto de salvacion, recurra ¡al suicidio! y el suicidio es un crimen que Dios y el mundo juzgan severamente.

Supongo quedas convencida de la verosimilitud de mis observaciones en tan delicada cuestion.

Concluiré con estas frases que deseo las retengas en la memoria toda tu vida.

La mejor prenda, el honor.

El más rico brillante, la honra.

El tesoro mas querido, la felicidad.

Te advierto, hija, que mañana concluyen mis fá-

bulas explicándote, ya que he tocado la cuestion de los hijos, lo que deben hacer las madres.

Con este complemento supongo no me queda mas que advertirte, y por consecuencia puedo concluir mi obra.

Hasta mañana, pues.

XIX.

El sentimiento mas dulce que experimenta nuestra alma, es el de padre.

Dios puso en nuestro corazon las afecciones para hacernos gozar, y la que ocupa el primer puesto es el amor de madre para sus hijos.

Fruto de sus entrañas, la madre desde su primera hora es la encargada de cuidarle. Ella le alimenta de su propia sangre, y ella en sus dolencias es la que de dia y noche, sin conocer el reposo, vela observando hasta los menores síntomas.

El amor de un padre es sublime y puro. El amor de madre es frenético y raya en lo ideal.

Una madre debe saber higiene doméstica, para con sus acertadas disposiciones, precaver á todos, y especialmente á sus tiernos hijos, de aquellos principios de enfermedades que ocasionan la indolencia ó la ignorancia.

En una madre se juntan grandes deberes que es necesario cumplir.

Cuando sus hijos están en ese primer período de la vida que conocemos bajo el nombre de *infancia*, es

necesario que la madre, que ya no es libre física ni moralmente, cuide de sí propia para ofrecer mas nutritivo alimento á su hijo. Es necesario que la pulcritud mas esquisita reine alrededor de ella y de su criatura: debe procurar, en fin, que mientras esté lactándolo observe mas rigurosas las leyes de salubridad comun. De este modo cuidará de su hijo *físicamente*.

Cuando ya el niño empiece *á andar*, solo debe educarle moralmente.

La primera instruccion que necesita un niño, es el conocimiento de que hay un Dios sábio y justiciero que rige todo lo que afecta á nuestros sentidos y manda en todo el ámbito del mundo.

Despues sigue la educacion intelectual.

Para esta necesita la madre del auxilio del padre, sin embargo de que los primeros pasos no es conveniente los dé con otra persona que con su madre.

Cuando ya el niño vaya conociendo bien y distinga lo benéfico de lo dañoso, es preciso que los padres sean las normas de buenos sentimientos, de admirables virtudes, de excelente penetracion, con el fin de que continuamente tenga á la vista los modelos que ha de imitar.

Hay un adagio que dice: «*Tales padres, tales hijos*.» Supongo que comprendes la razon que tiene el refran.

Una madre debe constituirse en íntima amiga de sus hijos, con el objeto de que no la oculten nada y pueda con buen resultado dirigirles por la senda de la virtud.

Conseguir que llamen á una excelente esposa *buena madre*, es conseguir un laurel envidiable. Por eso las ves tan solícitas, sin otra recompensa que alcanzar un beso de los infantiles lábios de sus hijos.

¡Bendiga Dios á las madres!.. Oye mi fábula postre-
tera.

FABULA 19.

Zulima.

Cercada de muros
y fuertes almenas
la pobre Zulima,
que es mora y muy bella,
al son de la guzla
decia sus penas.

Un hijo tenia
ansioso de verla,
el cual en mazmorras
está con cadenas.

La madre medita
romper su cancela,
y al hijo que sufre
librar á la fuerza.
¡Empeño es bien grande!
Mas ella se alienta,
pensando en que el jóven
besarla desea.

Soborna vigías;
burla centinelas;
escala ya un muro;
ya rompe una almena,
y á fuerza de intrigas,
de sustos, cautelas,
al cabo de tiempo
al hijo escarcela,
y... ¡solo un abrazo
sus afanes premia!

He concluido. Observa en esa mora á qué punto llega y de lo que es capaz este cariño.

Como eres buena, supongo que querrás á tus hijos tanto como yo te quiero. Este amor purifica nuestra alma.

Creo, hija mia, que no me resta nada que encargarte. Tampoco creo que serán desatendidas mis justas observaciones, pues ellas solas son los puertos de tu bien.

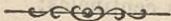
Recurrir á otros dogmas es perderse. Al bueno, le ampara Dios.

Al malo, el demonio.

Sirva todo lo expuesto de saludable beneficio para tu instruccion, y no te olvides que si, por seguir mis máximas, eres dichosa, me debes á más de la vida, la felicidad.

Este es mi deseo, y solo por recompensa de mis afanes te exijo un beso y un abrazo.

Adios y sé buena. Así complacerás á tu padre, que te bendice en el santo nombre de Dios.



EDUCACION RELIGIOSA Y CIVIL.

Dios y sus Ministros.

Apenas tus ojos
Alumbra la luz,
Adora al Dios hombre
Que murió en la cruz.

Ofrécele pia
Con fiel corazón
Todo pensamiento,
Palabra y acción.

Alabe tu lengua
Con dulce armonía
A la inmaculada
Y Virgen María.

Ruégales á entrambos
Con tierna eficacia
Te presten su auxilio,
Te colmen de gracia.

Que el temor sagrado
Al Dios que nos cria
Es todo principio
De sabiduría.

Y cuando la noche
Tienda su capuz,
Adora al Dios hombre,
Que murió en la cruz.

Quando entres al templo
De Dios, reverente

Con agua bendita
Signarás tu frente.

Y en la santa casa
Do habita el Señor,
Sé toda modestia,
Sé solo fervor.

Prostérnate humilde,
Dobla la rodilla,
Y adora, y contempla
Tanta maravilla.

No inquieten tu mente
Mundanos desvelos,
Que estás en presencia
Del Rey de los cielos.

Tus ojos no vaguen
Con necio mirar,
Sino contemplando
Siempre en el altar.

Y al salir del templo
Do el Señor habita,
Signarás tu frente
Con agua bendita.

En todo parage,
En todo lugar,
A los sacerdotes
Debes respetar,

Pues su alto carácter
Tu respeto abona,
Que á Dios representan
En propia persona.

Jamás hables de ellos
Sino con ventaja,
Pues Dios en la hostia
A sus manos baja.

Los altos misterios,
De la religion
Acoge con pura

Fe de corazon.

De ellos ni del dogma
Disputes jamás,
Que en esto el más sabio
Es quien yerra más.

Y pues Dios te hizo
De su amada grey,
Cumple sus preceptos,
Respeta su ley.

Que si estos consejos
Practicas ufana,
Los deberes cumples
De toda cristiana.



Padres y ancianos.

Despues de Dios, á los padres
Que te crian y sustentan,
Te educan y te alimentan,
Profesa veneracion.

Obedece sus preceptos,
Que aun de las cosas mas leves
Por ley natural les debes
La mas ciega sumision.

Paga su tierno cariño
Con cariño puro y neto;
Con acendrado respeto
Su tierna solicitud.

Que no hallarás en el mundo
Nunca el cariño de un padre,
Ni el esmero de una madre
En cuidar tu juventud.

Si conoces sus defectos,
Censurarlos no te toca;
Silencio pues, punto en boca,
No escandalices tú más.

Compadécelos, y calla,
Y cuerda como prudente,
Ocúltalos á la gente;
Mas murmurarlos jamás.

Permanece de tus padres
En la dulce compañía;
Busca en ellos tu alegría
Y tu consuelo á la vez

Cifra tu orgullo en ser
Con solicitud prolija,
La más cariñosa hija,

Báculo de su vejez.

Hónrales, y ten por cierto
Y por cosa bien segura,
Que la suerte y la ventura
Volarán en pos de tí:

Y despues de dicha tanta
Irás, finada tu vida,
A la tierra prometida;
Que Dios lo dispuso así.

A los ancianos respeta;
Oye dócil los consejos
De los sabios y los viejos,
Y sabia lograrás ser.

Porque el mundano talento,
O bien se funda en la ciencia,
O en la acendrada esperiencia,
Madre de todo saber.

Estima si te reprenden,
Y no creas que te ofende
Quien en secreto pretende
Tus defectos corregir;

Pues vale más en secreto
Sufrir una reprimenda,
Que no la gente comprenda
Tu mal hacer ó decir.

No evites la compañía
De los viejos por molesta,
Porque, ó la vida te cuesta,
O á ser vieja has de llegar.

Hónrales como á tus padres,
Y cortés y reverente
Dales sitio preferente
En todo tiempo y lugar.

Maestros.

Es despues de tus padres
La maestra instruida
Quien merece tu aprecio,
A quien debes caricias.
Sin instruccion, instinto
Es tu talento, niña:
Es solo tronco en forma;
Diamante que no brilla.
Pero si la maestra
De su cultivo cuida,
Lo que era informe tronco
Planta será florida.
Escucha los consejos
Con que sábia te avisa,
Y de las ciencias y artes
Llegarás á la cima.
Ella de tu alma tierna
El feo vicio estirpa;
Ella siembra virtudes
En tu alma sencilla.
Paga tú sus desvelos
Siendo aplicada, activa,
Dócil y laboriosa,
Obediente y sumisa.
Humildemente sufre
Si tus faltas castigan;
Siente, más que la pena,
Tenerla merecida.
En enmendar la falta
No te muestres remisa,
Y el arrepentimiento
Procúrale solícita.

Es refran bien sabido,
«No hay rosa sin espinas;»
Sin lidiar no hay victoria;
Basta que esto te diga.

La emulacion conoce,
Y sean tus amigas
Las mas aventajadas
Entre tus condiscípulas.

Imitarlas procura
Con la mayor codicia,
Y no solo imitarlas
Sino sobresalirlas.

La emulacion es noble,
Vicio, la ruin envidia:
Nunca prestes oidos
A pasion tan mezquina.

Tu conducta en la escuela
Tu buen juicio acredita:
Ni en hipócrita peques,
Ni rayes en altiva.

Ni labores, ni libros
De juguetes te sirvan:
Las manos ni el vestido
No te manches con tinta.

No armes conversaciones;
Méno pleitos ni riñas;
Habla poco, y á tiempo,
Sin hacer la erudita.

Nunca seas chismosa,
Ni acusona inicua,
Que al delator de infame
Las gentes califican.

Ya dió la hora: ¡Ea!
Vaya á casa la niña;
Y en llegando, salude
A sus padres, sumisa.

Iguales y compañeros.

Trata á tus compañeras
Como hermanitas,
Sin mirar si son pobres
O si son ricas.
La razon sea,
Que todos somos hijos
De Adan y Evá.
Sé afable y cariñosa
Hasta en los juegos,
No pegues á los grandes
Ni á los pequeños:
Porque es la niña,
Si es mal intencionada,
Aborrecida.
Juguetes y meriendas
Parte con todas,
Y serás apreciada
Por dadivosa:
Mas nunca pidas
A otras niñas juguetes
Ni golosinas.
Si á casa de otras niñas
A jugar fueres,
Acomódate á cuanto
De ti exigieren;
Y considera,
No te hallas en tu casa,
Sino en la agena.
Y si á la tuya fuesen,
No la eches de ama;
Ni digas «yo no juego,»
Con arrogancia.

Pues ellas te honran,
Dejando por tu casa
La suya propia.

A los juegos de manos
No juegues nunca,
Que es costumbre de gente
Tosca y palurda:

Y se principian
Por chanzas, y concluyen
Siempre por riñas.

A los juegos de cartas
No te aficiones,
Y jamás en tu vida
Los naipes tomes;

Porque es un vicio,
Que conduce las gentes
Al precipicio.

Obra siempre de modo
Tan sábio y cuerdo,
Que siempre te se cite
Como modelo.

Y con justicia
Digan todas las gentes:
¡Qué guapa niña!



P. 7
Per

Aseo y limpieza.

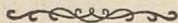
En el aseo y cultura
Pretende llevar la palma;
Que es la mayor hermosura,
Tras la pureza del alma,
Del cuerpo la compostura.

Lava tu cuerpo infantil
Con esmero nada breve,
Y ten, donosa y gentil,
Tu rostro como la nieve
Tus manos como el marfil.

Esté peinado el cabello,
Y caiga sobre la sien,
Y adorne tu limpio cuello;
Cortadas las uñas ten:
Todo lo curioso es bello.

Tus vestidos limpia ufana
Con suma proligidad
Al menos cada mañana;
Porque toda gala es vana
Donde no hay curiosidad.

Y ten por siempre entendido,
Que es un baldon harto feo
En la mujer el descuido
Que demuestre en el aseo
De su persona y vestido.



Prendas morales.

Con tus superiores
Usa cortesía,
Profundo respeto,
Suave humildad,
Y con tus iguales
De dulce armonía,
Alegre franqueza,
Y cordialidad.

Sé pues cariñosa,
Callada y prudente,
Para con tal tino
A todos tratar,
Que ni por huraña
Fastidies la gente,
Ni ya por mimosa
Te hagas odiar.

Habla con mesura,
Si eres preguntada,
Con voz perceptible
Y con sencillez;
Nunca la mentira
Muestrés que te agrada,
Ni tus labios manche
Palabra soez.

A chismes y enredos,
La verdad te hablo,
Sellada tu lengua
Y oídos manten,
Porque huyen las gentes

Cual del mismo diablo
De niña chismosa,
Y en esto hacen bien.

Si hablan del ausente
Y hablar te tocase,
Habla con franqueza
Más sin murmurar;
A ningun agravio
Tu voz se propase,
Sino, cuerda y sábia,
Oír, y callar.

Jamás la avaricia
Tu pecho mancille,
Y menos la envidia,
Ni calumnia vil;
La caridad santa
Con esplendor brille
En tu alma inocente,
Pura y juvenil.

Da limosna al pobre
Con pródiga mano,
Alivia del huérfano
La negra horfandad;
Consuela del triste
El dolor insano
Con celo el mas puro,
Con santa piedad.

De innoble pereza
El torpe descuido
Jamás halle asiento
En tu corazon;
Embota sus tiros,
Mi niña querida,
Con la diligencia
Y la aplicacion.

La gula detesta,
Y sé en la comida

Metódica y sóbria,
Que es sana virtud;
Aun mas sóbria y parca
Sea tu bebida,
Y gozarás siempre
Completa salud.



La niña en visita,

*En cualquiera sociedad
Preséntate con mesura,
Con elegancia y finura,
En fin, con urbanidad.*

*Saluda con cortesía,
Y espese tu rostro afable
Carácter dulce y amable,
Jovialidad y alegría.*

*Mas el semblante acomoda
A la ocasion, con tal celo,
Que sea triste en un duelo
Y risueño en una boda.*

*No te sientes la primera
Ni en preferente lugar,
Si no quisieres pasar
Por incivil y grosera.*

*Sea tu postura atenta;
Humilde, pero graciosa,
Y nada de vanidosa,
Mucho ménos de violenta.*

*Atenta como cortés,
Ni te muestres distraida,*

*Ni juegues inadvertida
Con las manos ni los pies.*

*No te permitas cantar,
Ni en el asiento agitarte,
Con ruido reir, rascarte,
Escupir, ni bostezar.*

*Si entras en conversacion,
No lo quieras hablar todo;
Habla despacio, y con modo,
Sin gestos ni afectacion.*

*No muevas jamás tu lengua
Para elogiarte, ni en chanza,
Pues la menor alabanza
En propia persona es mengua.*

*Trata de cosas jocosas,
Mas con estilo prudente;
Alejarás de tu mente
Las tristes, las asquerosas.*

*Si alguien lleva la contraria
A tu opinion, no te inmites,
No des voces, ni disputes,
Porque es de gente ordinaria.*

*La conversacion asloja,
Y con prudente desprecio
Castigarás su afan necio,*

Doblando al punto la hoja.

Trata en ocasion cualquiera

De mostrarte, delicada,

Con los hombres despejada,

Con las damas lisongera.

Ser pesada y enojosa

En tus visitas evita,

Que la pesada visita

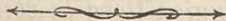
Es de fijo fastidiosa.

Sé buena con bizzarria,

Y con tan finos modales,

Que superiores é iguales

Alaben tu cortesia.



En la mesa.

*Si muestras en todas partes
Conducta urbana y atenta,
En la mesa y comedor
La mostrarás mas completa.*

*Al comedor entrarás
Con alegría y franqueza,
Y hasta no ser invitada
No te sientes á la mesa.*

*No ocuparás nunca el sitio
O silla de preferencia:
Elegirás, pues, el último
Con humildad y modestia.*

*Colocada ya en la silla
No te recuestes en ella,
Ni te muevas á los lados,
Porque es costumbre harto fea.
Guarda, pues, la distancia
Del asiento, de manera,*

Que de la mesa te encuentres
Ni muy lejos, ni muy cerca,

No escondas nunca las manos
Debajo de la cubierta;
Las colocarás encima
Siempre juiciosas y quietas.

No pidas que te hagan plato;
Y cuando ya hecho le tengas,
No principies á comer
Hasta ver que otros empiezan.

Colocarás la cuchara
Siempre en la mano derecha,
Y mientras tengas que usarla
No la pases á la izquierda.

Nunca soples la comida,
Por mas caliente que venga;
Espérate que se enfrie,
Sin agitarla ó moverla.

No comas á dos carrillos,
Ni hables con la boca llena,
Ni abras la boca comiendo,

Hi hagas ruido con las muelas.

No concluyas la vianda,

Aunque de tu gusto sea:

Come con moderacion,

Y siempre un residuo deja.

Los huesos no has de tirarlos

Por debajo de la mesa,

Y no les chupes los tuétanos,

Que es demasiada llaneza.

El rebañar con el pan

Es costumbre baja y fea,

Y es tambien majaderia

Engullir el pan á secas

Hi el pan se parte á bocados,

Sino en porciones pequeñas,

Se parte con el cuchillo

Con aseo y con destreza.

Siempre que mudes de plato,

Y lo mismo cuando bebas,

Limpiarás la boca y manos,

Usando la servilleta.

*Si algun manjar te disgusta
O mal guisado parezca,
No le dejarás entero:
Has de probarle siquiera.*

*Si acaso algun convidado
Ce hiciere cualquier fineza,
Le pagarás tú con otra
Aún mas cumplida y completa.*

*En la mesa no has de estar
Ni bien muda, ni tronera:
Sigue la conversacion,
Mas siempre urbana y atenta.*

*Del arte de conversar
Aqui practica las reglas:
Siguelas una por una,
Como ya esplicadas quedan.*

*Concluida la comida,
Levántate de la mesa,
Ni la primera ni última,
Sin pesadex ni presteza.*

En el paseo.

Marcha siempre con mesura
Cuando por la calle fueres,
Y si á paseo salieres
Ostenta igual compostura.

Mide tus pasos prudente:
Ni te pares embobada,
Ni andes tan apresurada,
Que atropelles á la gente.

Nunca pidas, ni en deseo,
Por do quiera que transites,
Ni juguetes, ni confites,
Porque es un vicio muy feo.

Y se enagena el afecto
De padres y superiores,
De extraños y de inferiores,
La que tiene tal defecto.

Si vas con gente mayor,

Con prontitud nada lerda
Llevarás siempre la izquierda
Con respeto y con amor.

Dejarás siempre la acera
Al sacerdote, al anciano,
Con estilo cortesano,
Con atencion lisonjera.

Y repite esta ocasion,
Que tu educacion abona,
Con toda aquella persona
Que merezca estimacion.

Siguiendo esta leccion mia
Con exactitud completa,
Conocerás la etiqueta
Y reglas de cortesía.



Criados é inferiores.

A criados é inferiores
Jamás ultraje tu voz,
Porque la fortuna acaso
Sus dones te concedió.

Un cuerpo tienen, y un alma
Hecha á la imágen de Dios,
Y como seres humanos
También tus prójimos son.

Desde el patán más plebeyo
Al más noble emperador,
Son todos de carne y hueso
Lo mismo que tú y que yo.

Y en vano de ser señora
Ostentarás el blason,
Si con el desprecio al pobre
Manchas tu pecho precoz.
Sola la virtud es noble:

No es noble quien tal uació,
Si no sigue por la senda
De la virtud y el honor.

Ni es mérito la riqueza,
Porque es mentida ilusion,
Y vemos pobre mañana
Al que rico vimos hoy.

Por tanto á tus inferiores
Has de tratar con amor:
Repréndeles con dulzura,
Pero con soberbia no.

Y por último, esta máxima
Estampa en tu corazon:
Portate con tus criados
Como con hijos de Dios.



OBRAS

QUE SE VENDEN EN LA LIBRERÍA DE HERNANDO.

	Rs.
Silabario , compuesto por Hernando, docena.. . . .	3
Caton metódico de los niños, por Seijas, d. . . .	20
El amigo de las niñas, por Alverá, nueva edición, d.	30
Guia del ama de casa, lecciones de higiene y economía doméstica, d.	36
La niña cortés ó lecciones de urbanidad y decoro, para los colegios de señoritas, d.. . . .	12
Historia de Jesucristo, por Alverá, d.	24
El Juanito , obra elemental de educacion, publicado por Hernando, d.	44
Historia sagrada, por el P. Loriguet, d.	80
Religion y moral, por Briones, d.	12
Historia de la Religion, por Pinton, d.	108
Historia de España, por Briones, d.. . . .	12
Tratado de Geografía, por Sotomayor, d.	26
Aritmética del sistema métrico, por id., d.	20
Plutarco de los niños, reseña de los personajes mas notables que ha habido en España	40
Gramática castellana, por Terradillos, d.. . . .	
Historia de España, por id., d.	
Páginas de la Infancia, por id. d.	